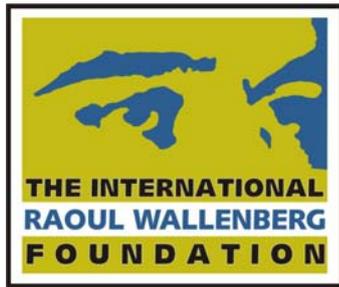


Editado por



Fundación Internacional
Raoul Wallenberg



Casa Argentina en
Israel Tierra Santa

La Fundación Raoul Wallenberg y la Casa Argentina en Israel Tierra Santa dedican esta edición electrónica a la memoria de Nelay Najenson.

Dr. José Luis Najenson

Currículum biográfico-literario



José Luis Najenson

Nacido en Argentina en 1938, vive en Israel desde 1983. Nacionalidad: argentina e israelí. Escritor y poeta, ha publicado los siguientes libros de literatura:

Nocturnas -poesía- (Rosario, Argentina, 1959).

Tiempo de arrojar piedras: cuentos de ficción política y religiosa (Ed. Universidad Autónoma del Estado de México, 1981)

Cultura nacional, cultura subalterna - ensayo- (Ibid., México, 1980).

Memorias de un Erotómano y otros cuentos (Ed. Monte Avila, Caracas, Venezuela, 1991).

Pardés-Sefarad -poesía- Premio "Villa de Martorell" 1995. (Editorial Seuba, Colección "El juglar y la luna", Barcelona, 1995).

Diario de un Voyeur -novela- (Ed. "Trymar"- "Kékeres, Vigo, España, 2002.

"El suspiro del moro"-cuentos- (Ed. "Certeza", Zaragoza, España, 2003)

"Licantropía y otros cuentos sublunares" (Editorial de los Cuatro Vientos, Buenos Aires, 2003). Premio "Narradores y Poetas Contemporáneos" 2003, convocado por dicho Editorial.

"El juego ha terminado"(novela que obtuvo la Recomendación para su publicación en el I Concurso Internacional de Literatura Juvenil, Editorial "Libresa", Quito, Ecuador, 2006).

Grados Académicos y distinciones

Doctorado: Ph.D.- (Doctor of Philosophy), University of Cambridge, England, 1980.

M.A. (Master of Arts) Maestro en Ciencia Política, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO, Santiago de Chile, 1974.

Profesor en Historia y Antropología, Universidad Nacional del Litoral, Argentina, 1964.

Miembro Correspondiente en el Extranjero, de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (Nueva York, USA, 2000).

D.Litt. (Honorary Doctoral Degree in Literature), World Academy of Arts & Culture, San Francisco, Ca. USA, 1987.

Fue Director Literario del Instituto Cultural Israel-Ibero América, de Jerusalén, Israel, y Editor de su Revista Cultural "Carta de Jerusalén" durante 15 años, habiéndose jubilado recientemente. En la actualidad es Director del "Capítulo de Jerusalén" de la Academia Iberoamericana de Poesía (AIP), con sede en Madrid, y Editor de la Revista Literaria de dicho Capítulo: "Sambatió".

Premios literarios, nacionales e internacionales

"Primer Premio De Cuento"-Universidad Autonoma Del Estado De Mexico" - Fac., Ing., Toluca, México, 1979..

Premio "Alfonsina Storni" De Poesia -Fundación Givré, Buenos Aires, Argentina, 1982.

Premio De Poesia "La Valderia" -León, España, 1986.

Primer Premio De Narrativa "Arturo Capdevilla" -Argentina-Israel, 1987; Por El Libro De Cuentos:"Más Allá Del Río Sambatió"-Inédito.

Primer Premio De Cuento "Bustar Viejo" -Madrid, España, 1988.

Segundo Premio De Cuento "D.F. Sarmiento" -Río Cuarto, Argentina,1990.

Accesit Xvi Premio De Narraciones Breves "Antonio Machado" -Fundación De Los Ferrocarriles Españoles, Madrid, 1992.

Tercer Premio En El Certamen Literario "Federico Garcia Lorca V", De Poesia -Casa De España En Pasadena, California, Usa, 1992.

Segnalazione Di Merito "Una Poesia Per La Pace", X Edicione- Torino, Italia, 1993.

Mencion "Reina Amalia" 93 -Xxii Convocatoria, Palma De Mallorca, España, 1993.

Mencion Especial -Categoria Internacional- Iv Concurso De Cuentos "Revista Punto De Encuentro" -Montevideo, Uruguay, 1995.

Primer Premio 1995 "Villa De Martorell De Poesia Castellana" -Barcelona, España,1995.

Primer Premio De Poesia Erotica "Nueva Paz" -Pcia. De La Habana, Cuba, 1995.

Tercer Premio Del Concurso Internacional De Poesia Breve "Juana Rosa Peña" -Viña Del Mar, Chile, 1994.

Mencion En El Certamen Literario Internacional, "Premio Juana De Ibarborou" De Poesia -Club De Leones, Montevideo, 1995.

Primer Premio "Baeza" De Poesia -Jaén, España, 1996.

Inclusion En La "Antologia Poetica-Homenaje A Baldomero Fernandez Moreno" -Editorial "3+1", Buenos Aires, 17 De Mayo De 1996.

Accesit Del Premio Mundial De Poesia Mistica "Fernando Rielo" -Madrid, 1996.

Finalista Del Premio De Novela "Herralde" -Ed. "Anagrama", Barcelona, 1996.

Distincion De Honor En El Certamen "Argenta" De Poesia Y Cuento Corto - Ed. "Argenta", Buenos Aires, 1998.

Segundo Premio En El Concurso Literario De Ensayo "Hacia Una Formacion Plena De Sentido" -Buenos Aires, Ministerio De Cultos Y "Habad-Argentina", 1998.

Premio Internacional De Poesia "Ciudad Del Che" 1999 - Uneac, Santa Clara, Cuba, 1999; Y Ganador De Los "Juegos Florales Santa Clara",18.11.99.

Mencion De Honor En El Certamen De Poesia Erotica "Revista Literaria Imágenes De Océanos" -Santiago, Chile, 1999.

Accesit Xiv Certamen De Poesia "Blas Infante" -Centro Andaluz Blas Infante, Baix Llobregat, Cataluña, España, 1999.

Mencion De Honor En El Xxxv Certamen Literario Internacional De Poesia "Odon Betanzos Palacios" -Círculo De Escritores Y Poetas Iberoamericanos De Nueva York, Usa, Junio De 2000.

Certamen "Argenta" 2000, Buenos Aires, Distinción De Honor En El Rubro "Cuento"-Dic. 2000.

Primer Premio De Cuento, En El Concurso Literario Del Tango, De Cuento - "Casa De Las Letras", Municipalidad De José, C. Paz, Pcia. De Buenos Aires, Argentina, 2000. Cuento:"Tras La Ventana", Publicado En "Cuento Tango", José C. Paz, 2001.

Menciones De Honor En El Concurso Internacional De Poesía, Cuento Y Ensayo Años 2001 Y 2002 –“Pegaso Ediciones”, Rosario, Pcia De Santa Fé, Argentina.(Ambas Antologías, En Honor De Ernesto Sábato Y Los Hermanos Machado, Respectivamente)

Primer Premio, Monologo Dramatico (Ediciones "La Discreta"), Madrid, España, 2001.

Accésit Premio Internacional De Poesía "Luys De Santamarina"- Cieza, Murcia, España, 2002.

Mencion De Honor Ii Concurso De Poesía "Generación Del 27", Círculo Cultural Andaluz De La Plata, Argentina, 2002.

Mencion De Honor : Concurso De Cuento Coreano-Argentino, Buenos Aires, 2000. (Antología, Traducción Al Coreano)

Finalista,"Antología Escritores Hispanoamericanos En El Mundo"- Concurso "Nicolás Guillén", A 100 Años De Su Nacimiento". Ed. Bellvigraf, Argentina, 2002.

Finalista, Ix Premio Carmen Báez, De Cuento, 2002. Publicación En Antología Del Colectivo Artístico De Morelia (México), 2002.

Primer Premio En El I Certamen Internacional De Poesia "La Lectora Impaciente", (Rascafría, España, 2002).

Primer Premio Narrativa, "Narradores Y Poetas Contemporáneos", Medalla De Oro. Editorial De Los Cuatro Vientos, Buenos Aires, Argentina, 2003. Edición Del Libro "Licantropía Y Otros Cuentos Sublunares".

Finalista En Los "Premios Literarios Constantí 2003", Que Convoca El Ayuntamiento Del Mismo Nombre (Tarragona, España) Con El Editorial Silva; Publicación Del Cuento En Español En La Antología "Relatos De Viatges", 2004.

Segundo Premio, I Certamen Internacional Club De Patín Huesca De Relatos Deportivos. Huesca, España, 2004.

Mencion En El Ii Premio Internacional De Poesía Amorosa (Círculo De Bellas Artes-Palma De Mallorca, España, 2004).

Finalista Del Xix Premio "Cálamo" De Poesía Erótica. (Gijón, España, 2004).

Tercer Premio, Concurso De Cuentos Taurinos, "El Albero" (Quito, Ecuador, 2005)

Mencion De Honor, III Concurso Internacional "Hesperides" de Cuento (La Plata, Argentina, 2005).

Mencion Especial En El Viii Certamen De Textos Teatrales De Torreperogil (España, 2005).

Mencion Especial En El I Certamen De La Revista Literaria "Jirones De Azul" (Sevilla, España, 2006)

Finalista En El I Concurso De Microrelatos, Centro Comercial Y De Ocio "Los Molinos" (Utrera -Sevilla- España, 2006)

Diploma De Merito En El Iv Concurso De Poesia Internacional "Lincoln-Marti, 2006 (Miami, Florida, Ee.Uu. Conmemoración Del 111 Aniversario De La Caída Gloriosa De Martí)

Finalista En El Ii Certamen Internacional De Poesia "Sant Jordi" 2006. (Grup Plomes Poétiques, Girona, España)

Segundo Accésit Certamen Literario Café Compás, Certamen De Relatos Cortos (Valladolid, 2006)

I Concurso Internacional De Literatura Juvenil, Editorial "Libresa".(Quito, Ecuador, 2006) Recomendación Del Jurado Para La Publicacion De La Obra. (Quito, Ecuador, 2006).

Finalista, Seleccin Internacional, Xiii Premio De Cuento "Carmen Báez", 2006 (Morelia, México).

Segunda Mencion Especial En La Campaña Concurso Pro – Eñe (Circulo Independiente "Ñ" De Escritores, España, 2007)

Mencion, Vi Certamen De Poesia Sobre Tango, (Centro Cultural Del Tango, Zona Norte, Buenos Aires, 2007).

Finalista, Premio "La Monstrua", De Cuento Fantástico, Bizarro Y Terrorífico. (Guadalajara, México, 2007)

Primer Premio En El Vi Certamen De Poesia "Rafael Morales", De La Universidad Carlos Iii, De Madrid, Para Participantes No Pertenecientes A Su Comunidad Universitaria.(Madrid, España, 2007).

Diploma Acreditativo De Seleccionado Para La Fase Final, En El Xxi Premio Internacional De Cuentos "Max Aub",2007. (Fundación "Max Aub", Segorbe, España, 2007).

Tercer Premio, En La Ii Edicion De "Premios Eduardo De Literatura", Categoría Relatos De Viaje. (San Juan De Puerto Rico, 2007)

Ii Premio Xviii Concurso Literario "Juan Jose Garcia Carbonell, La Navaja", (Aprecu, Albacete,España, 2007)

Segundo Accésit En El I Certamen Internacional De Relato Breve Sobre Vida Universitaria:"Universidad De Córdoba" (Córdoba, España, 2007).

Finalista En El Concurso Internacional De Cuento "Jorge Luis Borges" 2007 De La Revista "Sesam" (Buenos Aires, 2007)

Primer Puesto En La Categoría De Poesia, Del Ii Concurso Internacional De Relatos Y Poesia De Tematica Mitologica De La Revelacion (Madrid, España, 2008)

Finalista En La Xv Edicion Del Concurs De Cartes D'amor Del Ayuntamiento De Calafell (Cataluña, España, 2008).

Primer Premio Certamen De Relatos Breves Bellver (Diario De Mallorca, España, 2008)

Mencion Del Jurado En El V Concurso Bienal De Literartura “Barracas Al Sud” (Avellaneda, Buenos Aires, Argentina, 2008)
Primer Premio En El I Certamen De Relatos “Protocolo Novios”, Por El Relato: “El Traje De Novio Embrujado”. (Zaragoza, 4 De Junio De 2009)
Foro De La Memoria De Pompeya. Certamen De Cuentos 2009.Relato Seleccionado Para Su Publicación. (Buenos Aires, 16 Octubre De 2009)

INDICE

Prólogo	p. 10
PRIMERA PARTE	p. 11
CUENTOS CON EL OTRO BORGES	p. 11
Ni siquiera una rosa	p. 11
Erase una vez, una feria	p. 24
Borges y el Toro	p. 26
El “Golem” del Once	p. 34
Dos Taumaturgos	p. 41
SEGUNDA PARTE	p. 52
DE “POEMAS DE TANGO ADENTRO”	p. 52
Tango de la Repatriación	p. 52
La religión del coraje	p. 53
ENSAYOS	p. 54
“Matar” a Borges	p. 54
Dos laberintos hispanoamericanos	p. 62
Cinco libros en mi vida	p. 72
COLOFON: Dos Maestros	p. 81

CUENTOS CON EL “OTRO” BORGES Y OTROS ESCRITOS

José Luis Najenson

PROLOGO

Este libro es, en primera instancia, un homenaje a Jorge Luis Borges, a quien nuestra generación del desierto, la que busca la “palabra perdida”, le debe su vigorosa influencia. Nadie dejó una marca tan clara en las letras castellanas de la segunda mitad del siglo XX como el “Homero del Sur”. No en el estilo -no se puede imitar a Don Jorge Luis - ni en la temática, Borges tocó casi todos los temas, sino en la persecución implacable de la belleza y el rigor en la palabra. Porque Borges era el último gran Maestro Secreto que conocía la “palabra perdida”, clave de la escritura literaria, y no se la ha traspasado a nadie: él no tenía discípulos como otros célebres autores de su tiempo. Pero nos ha dejado, a la generación que le sigue, el ansia, la desesperación por encontrar esa palabra. Nosotros, los auténticos miembros de la “Secta del Fénix”, hemos explorado nuestros propios laberintos, abismados en nuestros propios abismos, tratando de hallarla; aun sabiendo que, en caso de tener éxito, ese saber sería, como todo lo esotérico -y la literatura lo es por definición- intransferible. Por eso he escrito estos cuentos peregrinos, a lo largo de varios años, en homenaje a Borges, y por ende al “Otro” Borges, convirtiéndolos a ambos en personajes de los mismos.

Dicho homenaje continúa en los poemas y ensayos de la Segunda Parte, donde llego incluso a “matar” a Borges metafóricamente como una manera de seguir “viviéndolo”. Allí se explora también, tentativamente, en un análisis del “Laberinto de la Soledad” -de ese otro gran poeta del Continente y del mismo siglo, el mexicano Octavio Paz- lo que yo he llamado el “Laberinto de la Tristeza”, que adjudico implícitamente a Borges, y que sería el laberinto de los argentinos.

Por último, debo admitir que soy un feligrés en la parroquia de lo que él llamó “la religión del coraje”, inspirada en los *guapos* del barrio de Palermo, en Buenos Aires, que él espiaba durante su infancia desde el seguro bastión de su caza cercada por una valla de lanzas de hierro, y que luego convirtió en protagonistas de algunos de sus cuentos, embellecidos por el valor que tanto admiraba. Ese valor que bullía también, aunque de otra manera, en sus antepasados guerreros como el Coronel Suárez, verdadero héroe de la batalla de Junín, o Francisco Narciso Laprida, prócer de la Independencia Argentina. De ahí la alusión a ese tema del coraje, en varios pasajes de este libro.

* * *

PRIMERA PARTE

CUENTOS CON EL OTRO BORGES

NI SIQUIERA UNA ROSA

(Revista “DIALOGO” No. 26, Jerusalén, 1995)

“El maestro le dijo:

- *Dime qué pesadumbre te
oprime.*

El discípulo replicó:

Me falta valor.

- *Yo te doy el valor...”*

*Jorge Luis Borges
 (“Los conjurados”)*

Al Rabí Shoshani
y a Don Jorge Luis
In Memoriam.

El Rabí Shoshani, genio enigmático judío, recaló en Montevideo allá por la década de los sesenta, estremeciendo con su saber esotérico la tranquila intelectualidad del Plata. Hombres inminentes de éste y el otro lado del “charco” como Emanuel Levinàs, Eli Wiesel y Jorge Luis Borges lo consideraron su maestro, los dos primeros públicamente y el último casi en secreto. Una generación ulterior de brillantes talentos judíos, argentinos y uruguayos, en la que se destaca el Prof. Shalom Rosemberg, de la Universidad Hebrea de Jerusalén, guarda las chispas de la potente fragua shoshaniana. Todos los personajes de este cuento son ficticios, salvo Borges y Shoshani, cuyas acciones y palabras son también fantasía del autor, si bien inspiradas en una verosolimitud totalmente literaria (N. del A.) (Acerca del Rabí Shoshani, puede verse: José Luis Najenson: Shoshani, el Judío errante de nuestro siglo; Diálogo No. 27, Jerusalén, 1996)

* * *

El Rabí Shoshani salió al jardín de su pequeña casa de barrio, desde donde se veía el río metiéndose en el mar. Hacia el otro lado, Montevideo se desperezaba como una gata soñolienta bajo el sol de enero, después de la siesta. Aunque no había nacido en esa generosa tierra, la amaba entrañablemente, y hasta parecía uno de sus hijos, por su bonhomía y su español campechano, sin ellos, y con el voseo propio de los orientales. Pero nadie conocía su origen ni su edad, así como tampoco su pasado. Y ese misterio, más que la condición de Rabino, lo hacía diferente al pueblo jovial y expansivo que lo había acogido en su seno; un pueblo, como él solía decir, “que casi no tenía secretos”.

El jardín era apenas un patio de tierra apisonada, con dos eucaliptus jóvenes entre los que pendía una hamaca paraguaya, pero estaba lleno de rosas. El Rabí se paseó entre ellas como un amo orgulloso de sus esclavas, y acomodándose como un experto en la hamaca, al borde mismo del río, le agradeció al Señor las dos maravillas en las que posaba sus ojos: el Plata cambiando de color cerca del

horizonte, y una rosa que campeaba en el cantero del centro, solitaria; una *singer glory* de tono rojizo, tan profundo que parecía negro.

“La rosa de Paracelso, la de Milton” – dijo como dirigiéndose a un interlocutor invisible – “o más bien la de Borges, tan cercana...” Y recordó que el poeta ciego vendría esa tarde, como siempre, a su velada de los jueves. Aún faltaban un par de horas, de modo que podía dedicarse a su ocupación favorita, la lectura. En eso también coincidía con Borges, uno de sus alumnos semi-secretos, quien se enorgullecía más de los libros leídos que de los escritos. El compartía esa actitud aunque no había escrito ninguno, y le agradaba admitir que el anciano bibliotecario había leído muchos más; si bien nadie hubiese podido confirmarlo, así como ningún otro aspecto de su historia personal.

Sus seguidores y allegados pensaban que no escribía para no tener que revelar su verdadero nombre, ni siquiera un seudónimo conjetural. Sus amigos sabían que tampoco subía a leer la Torá, en la sinagoga, para no tener que dar a conocer el nombre de su padre, como es menester, y algunos incluso suponían – sin poder probarlo – que esto se debía a que era un sobreviviente del Holocausto y había perdido en él a toda su familia. Pero los más fervientes de sus discípulos, entre ellos Emanuel Levinas, creían que el hecho de no haber escrito libros lo dotaba de cierta cualidad extraordinaria y fuera de lo común. “Al fin y al cabo... – argüían – “... cualquiera escribe hoy un libro, y a menudo sin tener qué decir”; pero el negarse a hacerlo lo asemejaba, en cierto modo, a hombres de la talla de Sócrates, Jesús de Nazaret, el Rabí Baal Shem Tov(1) y otros personales de misteriosa vida, como él, que nunca habían escrito una palabra.

El Rabí miró de nuevo a la perfecta rosa, no sin cierto pudor, y con la velocidad de un prestidigitador abrió un libro que parecía no

haber estado en sus manos. En él, las sílabas se mezclaban como las aguas verdes y leonadas allá afuera, y cielo y océano se confundían como el blanco y negro de las palabras. Las cursivas letras de Rashi se fundían con las otras, cuadráticas, y de pronto formaban una rosa, ya abierta, ya cerrada. Sus ojos pasaron de una rosa a la otra, hasta que no supo distinguir cuál era cuál. Cuando tocaron a la puerta, el libro ya no estaba en sus manos.

La alta, garbosa figura de Borges, se recortó en el umbral, escoltada por dos estudiantes porteños; el bastón colgaba de su brazo como el báculo de Moisés antes de la concesión de la palabra.

- Anuncian tormenta – dijo Scholem, el mayor de ambos, por todo saludo.
- Quizá no podamos regresar hasta mañana – Mario, el más joven, no trató de disimular la alegría que eso le causaba.
- No vamos a incomodar al Rabino – la voz engolada del poeta vibró largamente en el cuarto poblado de libros – podemos alojarnos en algún hotel del centro.
- No hará falta, hoy nos quedaremos toda la noche – el Rabí los miró a los ojos, uno por uno, como para probarlos – el tema que he elegido los mantendrá despiertos – añadió con una curiosa sonrisa, mientras abría nuevamente la puerta para dar paso a sus tres alumnos uruguayos: Shrulik, Daniel y Jaime. Los jóvenes, cuyas edades apenas sumaban cuarenta años, traían el vino para el brindis especial que el Rabí siempre dedicaba a cada sesión de estudio, y que hacía preceder, cuando era posible, como esta vez, por la Bendición de la Luna.

Salieron enseguida al jardín, donde ésta ya señoreaba el cielo, y aunque no había *minián* (2), el Rabí empezó a leer la oración a la luz de la luna, que para ello está impresa en letras más grandes de lo habitual: “*Baruj Atá Adonai Elokeinu, Melej ha-Olam...*” (“Bendito

seas 'Tu, Nuestro Señor, Rey del Mundo'), cuando la voz angustiada de Scholem lo interrumpió en la primera frase:

- Perdone Rabí, pero sólo somos siete – dijo incorporando tácitamente a Borges en el recuento.
- Contaste mal – respondió el Rabí sin enfado alguno – prueba de nuevo – y sin esperar a que terminara de hacerlo, continuó con la plegaria: “*asher bemaamaró bará shjakim*” (“que con la palabra creaste los cielos”)...

Para su asombro, el joven contó esta vez los diez hombres requeridos, tres de los cuales parecían haber llegado recién, justo a tiempo, y se cubrían la cabeza y el rostro con el *talit*, poniéndose luego en puntas de pie cuando llegó el pasaje, casi mágico, de dirigirse a la luna como queriendo alcanzarla: “*keshem she ani roked kenegdeja, veeni iajol liga baj, kaj lo iujlu col oievani liga bi leraa*” (“así como yo bailo hacia ti, y no puedo llegar hasta ti, que no puedan llegar a mí ninguno de mis enemigos para hacerme mal”). En ese momento, las siluetas de los forasteros resplandecieron con el mero fulgor lunar, como si los rodeara un aura, y la rosa del cantero central brilló como la cúpula del Templo.

Una vez concluida la Bendición de la Luna, que coincidió con su desaparición entre las nubes, el Rabí se dispuso a dedicar el brindis de esa noche. Y el asombro de Scholem llegó a la consternación al comprobar que los tres últimos hombres del *minián* ya se estaban yendo, y apenas se veían sus blancos mantos hundiéndose en la niebla que venía del río, empujada por la tormenta inminente. El Rabí le alcanzó el vaso de vino diciéndole:

- Yo les pedí que entraran para completar el *minián*, lo hago cada vez que hace falta.

- ¿Pero quiénes son, por qué no descubrieron sus rostros, por qué fulguraban sus vestimentas en medio de la oración, por qué se marcharon tan rápidamente? – Scholem aún no resolvía una duda y ya planteaba otras, lo que lo hacía, quizá, el discípulo predilecto.
- Ellos no pueden mostrarse, al menos todavía... – le respondió el Rabí crípticamente, porque esta generación no es el del todo inocente ni del todo culpable, y alzando la copa para el brindis que daba comienzo al estudio, dijo chocándola expresamente con la de Scholem:
- ¡Por el Profeta Elías, por el Mesías hijo de José (Ben Iosef) y por el Mesías hijo de David (Ben David), que estuvieron **entre** nosotros pero aún no están **con** nosotros!

El vino dulce de Judea, que los estudiantes porteños habían conseguido en un almacén del Once, reverberaba en el cristal de las copas y las miradas. De repente, el libro que el Rabí tenía en sus manos cuando jugaba con la rosa, volvió a ellas; tan subrepticamente, que parecía surgido del aire, o de las propias letras hipertrofiadas de la Bendición de la Luna que había leído un rato antes. Y aunque todos estaban acostumbrados incluso Borges, a tales sorpresas, no dejaban de admirarse cada vez que el Rabí las ofrecía, como un raro privilegio.

El texto de estudio era generalmente un tomo del Zohar, el Libro del Esplendor, que el Rabí leía traduciéndolo directamente al español. Luego entraban en una ardorosa discusión aunque estuvieran de acuerdo, lo que no sucedía muy a menudo, y aun así el Rabí los incitaba a asumir posiciones contrapuestas para ponerse en la piel del “otro”. Nunca, por supuesto, se agotaba el tema, y raramente trataban más de un párrafo por vez.

- Hoy no recurriremos directamente al Zohar como en las sesiones anteriores, sino a un pequeño libro perdido que ya nadie conoce en el mundo, cuya autoría se atribuye al famoso Rabí Isaac Luria, “el León Divino” – el Rabí disfrutó del suspenso que estaba creando – y que consiste en una glosa de las primeras páginas del Zohar y de otros pasajes que ustedes ya conocen. Con gran sabiduría, el Rabí Jaim Vital, su alumno dilecto, lo ocultó no sólo a la mirada de los profanos, sino a las de sus propios condiscípulos de la cofradía luriánica en Safed. La glosa se titula “El Árbol Invertido”, y su tema es la “ilusión”, en el doble sentido de apariencia y anhelo. En el primer caso se aproxima a engaño, miraje, casi como en el sentido del Eclesiastés: *hevel*, o *vanitas* – recalcó para beneficio de Borges. En el segundo, se acerca al significado de ideal o esperanza, como cuando se dice “una ilusión para vivir”. Las dos nociones se equilibran como el fiel de una balanza; si, por un lado, “la vida es sueño”, metáfora, espejismo; por el otro, esa apariencia, aún engañosa, es lo único que tenemos. Y ésta debe sustentarse, al menos, en la creencia en sí misma, aunque sea ilusoria. Porque lo contrario de la vida no es la muerte, sino, y quizá más genuinamente, la eternidad, que es a lo que más se parece la vida a pesar de todo. La muerte, en cambio, sólo tiene el símil del sueño, pero no en su acepción calderoniana; más bien en el sentido contrario al de la vigilia, una permanente duermevela.

Y sacando una aguja del reverso de su solapa la clavó en el libro abierto, pronunciando sin mirar las letras engarzadas por ella. Scholem y Mario anotaban a medida que las iba diciendo, y los tres orientales comprobaron luego la certeza de su enumeración. Al traducir la cadena de palabras quedó armada, en hebreo, esta sentencia: “Af lo vered ejad”: “Ni siquiera una rosa”.

- Aquí no hay milagro, es sólo memoria – añadió adelantándose a las consabidas preguntas – como ya lo dije otras veces, el verdadero milagro es la vida en el mundo, o los mundos, que se

torna posible sólo por la pre-existencia del *Tzimtzum*, o “Contracción” de la Divinidad, que conjura la nada y genera un universo para el Hombre. Más aún, el *Tzimtzum* es el primer y único gran milagro que coincide con el de la Creación; pero aquél es la esencia y ésta su apariencia, y el Señor, Bendito Sea Su Nombre, está por sobre ambos, y no puede ser definido ni pensado, porque está fuera de toda concepción.

Y cerrando el libro, el Rabí concluyó:

- Le dedicaremos el resto de la noche a esta sola frase, “Ni siquiera una rosa”. ¿A qué os hace acordar?
- A la “hoja” del Zohar – Shrulik, el mayor de los uruguayos, de oscuros aladares, se apresuró a contestar: “Ni siquiera una hoja mecida por el viento se mueve, si no lo quiere Dios” –. La sutil mirada de su Maestro le bastó para saber que había dado en el clavo.
- “Y si Dios lo quiere, mecerá el aire sobre la rosa inmóvil” – dijo Daniel, remedando a un poeta contemporáneo – su roja barba refulgía como una corona de rubíes – o sea, que El puede trastornar el orden de las cosas, si así lo desea.
- Pero entonces iría contra su propia obra, ya sea en la hoja como en la rosa – alegó Mario, maimonideano radical y algo escéptico.
- Allí está el dilema – intervino Scholem, con su fatigada voz de maestro consuetudinario. ¿Cuál de los órdenes es aparente, cuál es esencial?
- El orden de la razón es el verdadero – insistió Mario – y como dijo el Rabí, el milagro no existe, es lo que se opone a la razón.
- No dije que no existe, sino que la Creación entera es el verdadero milagro – ahora venía la parte que más disfrutaba el Rabí Shoshani, la implacable dialéctica de la discusión rodeando el objeto como a una fruta que no termina nunca de mondarse –

a menudo la razón no alcanza a comprender sus propias razones.

- ¡O sinrazones! – casi exclamó Borges – removiendo su bastón como si fuera el eje del mundo – lo que la razón no comprende son sus propios monstruos, los que ella ha engendrado, para tergiversar al abominable Hegel, que no es santo de mi devoción.
- Tampoco de la mía – respondió el Rabí, gozoso de que el poeta interviniera - ningún racionalista absoluto puede resolver el dilema de la rosa – y volvió a salir al jardín inundado por el chaparrón inclemente, mientras los demás no atinaban a seguirlo ni a quedarse en sus sitios. Al instante volvió con la rosa perfecta, recién cercenada de su tallo, a la que parecía no haber tocado el agua.

Sin decir palabra, la colocó en el centro de la mesa a cuyo alrededor estaban sentados, y tornó a abrir el ubicuo libro del Rabí Luria donde había quedado encerrada la “otra” rosa. En el velón del centro de mesa que siempre se mantenía encendido, y no sólo a causa de los fumadores, la llama osciló movida por un viento imperceptible que no lograba, empero, apagarla. Señalando a las dos rosas con un leve gesto, preguntó a boca de jarro:

- ¿Cuál es la real, y cuál la imaginaria?

Los atónitos discípulos se miraron unos a otros, mientras el Rabí encendía su gastada pipa de cerezo. La suave estela de humo salió por la claraboya como buscando unirse a la velada luna.

- Esa no es la verdadera pregunta, ¿verdad? – contestó inusualmente la voz de Jaime, como si viniera desde muy lejos.
- Es cierto. ¿Cómo pensás que habría que formularla?

- ¿Cuál es la rosa perecible, cuál la eterna? – dijo mezándose la barba castaña y enrulada que le llegaba al pecho.
- ¿Y vos, conocés la respuesta? – repuso el Rabí con inocultable alegría.
- La eterna es la que tiene música, una melodía silenciosa como la de las esferas celestes... contestó Jaime sin mirar a Mario.
- ¡La música astral es una idea pitagórica – lo interrumpió este último – y nada tiene que ver con el judaísmo!
- Vos sabés de sobra que me refiero a las “otras” esferas, las *Sefirot*, del “Reino” a la “Corona” del Hombre Primordial – le contestó Jaime con dulzura, como si hablara con un niño.
- ¡Ya están estos *jasidim* (3) con sus veleidades, cual si fueran los detentores de la sabiduría! Insisto en que es una noción helénica, que pasó de los geómetras a la *Gnosis* y de ahí a la Cábala, ¡esa herejía judaica que tanto aman!
- O viceversa, como afirman algunos pensadores que nada presumen de cabalistas – Scholem salió en defensa del jasidismo, con el que simpatizaba sin ser uno de ellos – las ideas de los hombres están tan mezcladas como sus sangres, aunque muchos *mitnagdim* (4) lo ignoren, y terminen “siendo esclavos de un filósofo que no conocen”.
- Ninguna rosa es perecedera – afirmó el Rabí para zanjar la cuestión – ni aún convirtiéndola en ceniza. Después del *Tzimtzum*, nada puede ser devuelto a la nada, “ni siquiera una rosa”. O, como quería Paracelso, “en el Paraíso, hasta la más frágil brizna de hierba es indestructible”; aserto inspirado, probablemente, en el que ya citamos del Zohar.
- No hablo del Paraíso sino de este mundo sublunar – barbotó Mario, atónito por haberse animado a rebatirle – donde casi no hay sitio que no haya sufrido guerras, ni poblado que no sea testigo de un crimen.
- Según el mismo Paracelso, quien era también, a su modo, un cabalista, la Divinidad no puede crear otro lugar que no sea el

Jardín de Edén, es decir, la perfección – retrucó el Rabí sonriendo – y la “caída” de Adán no es otra cosa que ignorar este hecho, no darse cuenta de que todavía está en el Paraíso sin saberlo, porque lo ha olvidado. Una especie de memoria perdida que aún comparte la humanidad.

- Vale decir... – intervino nuevamente Borges – que aquél que sepa que nunca hemos salido realmente del Jardín de Edén “que está en Oriente”, sabrá como restaurar, o rehacer la rosa.

El Rabí lo miró con admiración, diciendo:

- No en vano se ha dicho que “los poetas son los espías de Dios”; su intuición es certera, mi querido amigo. Pero antes debemos lidiar con ese bendito vocablo, “Oriente”, mal que le pese a los “orientales” – agregó riendo. *Gan Eden miKedem*, reza el Génesis, traducido como Usted bien lo ha hecho; mas “kedem”, en hebreo, no es sólo el Este, sino también “antes”, “anterior” y “Adam Kadmón” es el Hombre Primordial, formado por todas las Esferas con la “Corona” incluida...
- Pero están los cuatro ríos que salen del Edén – insinuó Daniel asumiendo la postura de Mario, diferente a la suya propia, tal como lo aconsejaba el Rabí – de los cuales el Eufrates y el Tigris, por lo menos, se ubican en Oriente, vulgar y geográficamente hablando.
- Lo cual puede arrojar otro significado implícito que apunta a la posición de Mario, para ponerme en su punto de mira, aunque tampoco la comparto – dijo Shruklik – pero en el sentido en que lo sugería el Rabí: la antigüedad, los pueblos más arcaicos, provienen de Oriente; Oriente es el pasado remoto, cuna de la humanidad.
- ¡Bravo! – exclamó el Rabí – falta un solo paso, el más audaz.
- El Edén es un país desaparecido, el más antiguo imperio del pasado, del que no se tiene memoria – aventuró Mario, tratando

de situarse, si bien no enteramente, en el otro punto de vista, para no ser menos que los demás.

- La “caída” de la memoria es cabal, por no decir cabalística, le contestó el Rabí – satisfecho al percibir mayor flexibilidad en su discípulo rebelde – pero ése no es el rumbo sino el otro, en este “Jardín de los senderos que se bifurcan”(5), que es el Universo – y lo miró a Borges con insistencia – Usted no se imagina, Maestro, hasta dónde ha dado en el clavo: Jardín es también “Pardés”, en hebreo, lo cual equivale a decir “Para (di) so”, Paraíso...
- El Maestro es Usted – respondió el poeta con humildad – y ese “otro” rumbo, que se infiere tan audazmente de sus premisas, me parece de la índole de lo fantástico, aunque no más que cualquier hipótesis teológica o filosófica, “esas espléndidas formas de la literatura de ficción”... Y orientó sus ojos hacia el ventanal, enrejado por la lluvia, como si pudiera ver las gotas que perlaban a la rosa negra, intacta en su cerco.
- ¡Ya lo tengo! – volvió a interrumpir Mario con cierta rudeza – el Jardín de Edén puede estar en España, América, o cualquier otra región atlántica, muy antigua; es la mera Antípoda, la Atlántida ideal adonde se quiere huir, salirse de este mundo. Así, se convierte en “Poniente”: Sefarad tiene las mismas letras que Pardés, casi al revés, y España es Tarsis, *la Terra Incognita* a la que quería llegar Jonás para escapar al mandato divino.
- Es un buen ejercicio – admitió el Rabí – pero no en la dirección adecuada. ¿Alguien tiene otra respuesta? – y como nadie adelantó ninguna y Borges permanecía callado en su complicidad, dijo casi en un murmullo, quizá para que se le oiga mejor:
- El tiempo, allí está la clave. El Paraíso – Pardés, que es también el “campo” de la Cábala, o la Cábala misma, no está en el espacio sino en el tiempo... – y miró a Borges que había comenzado a asentir detrás de su perdurable sonrisa,

entreviendo el asombro de los demás a pesar de que habían estado tan cerca de la respuesta. El Paraíso se encuentra aquí mismo, como lo adivinó Paracelso, pero en un remoto pasado.

- Y el hombre lo sabe, más lo ha olvidado – agregó Borges todavía sonriendo – el mundo es lo que devino del Paraíso por causa del hombre, un infierno, el único posible. Por eso “no hay otros Paraísos que los Paraísos perdidos”. Una bonita historia, ¿no?; incluida la moraleja. Merecería un cuento.
- En el fondo, es lo que dice, si se sabe mirar, la propia Escritura – ratificó el Rabí.
- Entonces, yo estuve más cerca que todos – Mario tomó la rosa por el tallo – el Paraíso ya no existe y hay una sola rosa.
- Pero no leíste entre líneas – el Rabí trató de recuperar la rosa sin lograrlo – ello te hubiera dado la chance de “recordar”. Al final todo se reduce a palabras, como la misma Creación.

Y antes de que pudiera impedirlo, o quizá sabiéndolo, vio como su discípulo rebelde hundía el capullo de la rosa en la llama del velón, y ésta se iba consumiendo hasta quedar reducida a polvo.

- ¿Acaso puede ahora restaurar la rosa? – le preguntó desafiante.
- Puedo, pero no lo haré – y arrojó el libro de Luria al fuego – ya nunca, tampoco, sin “El Árbol Invertido” y mis anotaciones al margen, lograrás aprender la manera ni las palabras para hacerlo.

Y dirigiéndose a Borges, sin palabras, le pidió:

- *Cuando escriba su cuento, Maestro, no revele lo que debe permanecer oculto.*

Al día siguiente, al caer el día, en su casa de la calle Anchorena en Buenos Aires, Borges comenzó a escribir a pesar de su ceguera: “En su taller, que abarcaba las dos habitaciones del sótano,

Paracelso pidió a su Dios, a su indeterminado Dios, a cualquier Dios, que le enviara un discípulo. Atardecía...”.(6)

-
- (1) Rabino místico, iniciador de Jasidismo, a comienzos de 1700 en Polonia.
 - (2) Los diez hombres necesarios para comenzar cualquier rito religioso judío.
 - (3) Jasidim: jasídicos: seguidores del ya mencionado Rabí Baal Shem Tov.
 - (4) Mitnagdim: adversarios del jasidismo; literalmente, “los que están en contra”.
 - (5) Título de un famoso cuento de Borges (N. de R.)
 - (6) Así empieza el relato “La Rosa de Paracelso”, de Jorge Luis Borges, incluido en su libro “La Memoria de Shakespeare” (O.C., p. 389).

* * *

ERASE UNA VEZ, UNA FERIA:

¿Dónde está la Biblioteca de Babel, Maestro Borges?

No sé si fue en Buenos Aires, Guadalajara, Francfort o Jerusalén, pero en el laberinto borgiano de una Feria me encontré con Borges. Tampoco sé si el "Homero del Sur", el gran poeta y bibliotecario ciego, se hallaba aún en este mundo o ya había pasado al Edén, al Hades, o al Walhala, que espiaba en sus cuentos. Todavía ignoro qué día de qué año era, o había sido.

Pero allí estaba, apoyado en su bastón ritual, alto y ausente, acariciando con su mano libre los lomos de los libros, abriéndolos al azar, y pasando sus palmas por las páginas como si poseyera el curioso don de leer con ellas, que alguien le había atribuido.

- Don Jorge Luis –le dije, benditos mis ojos que lo ven

- *Malditos los míos que no pueden hacer otro tanto - me contestó- ¿Dónde estamos?*
- *No tengo la menor idea, Maestro, lo único seguro es que nos encontramos dentro de una Feria del libro, no me pregunte cuál, ni cuándo.*
- *El tiempo es la sombra de Dios sobre la Tierra -musitó como para sí- si cesa, es como perder el Universo.*
- *Entonces Ud. Tenía razón, estamos muertos y el Paraíso, el Pardés, es una biblioteca infinita.*
- *No es más que otro sueño -replicó- un sueño dentro de otro. Y, de paso, ¿sabe Ud. quién expresó la idea de que la "vida es sueño" antes que yo?*
- *¿Calderón? – aventuré por la metonimia de los títulos.*
- *No, ese es un poeta tedioso que sólo aludió a la fugacidad de ambos, lo cual es demasiado obvio para ser una buena metáfora, repetida hasta el cansancio. En verdad lo tomé de Einstein, que parafraseaba, quizás a alguno de los sabios rabinos de su pueblo; él dijo: "El hombre es el sueño de Dios".*
- *Muchos hombres pensaron lo contrario, sobre todo los que Lo negaban - dije sacando un libro de la estantería- más aún, lo veían como a una pesadilla de la que había que olvidarse, algo que se inventa sin saberlo o peor todavía, a sabiendas. Precisamente...*

El me arrancó el tomo de las manos y, palpándolo como le había visto hacerlo, exclamó:

¡"El Diablo", de Giovanni Papini! De ateo a católico ferviente, en esa obra lanza su idea más audaz que ha sido mal interpretada como apostasía: la doctrina del orgullo satánico y la conversión final de Satán, que facilitaría a apocatástasis, o recapitulación de toda la Creación en el Creador. El tiempo es del Demonio, sólo al redimirse éste dejará aquél de proteger al hombre de la "rotura de los vasos celestes", la ceguera que produce el estallido de toda la Luz, como arguyen los cabalistas que creen en el

"tzimtzun" o "contracción de la Divinidad, aunque no crean en el Diablo, lo cual genera el cosmos y el tiempo. No, mi amigo, yo me he equivocado, la Biblioteca de Babel no está en el Paraíso sino en el Infierno, gracias al Diablo...

* * *

BORGES Y EL TORO -Cuento con dos finales

Este relato taurino fue leído por mí en su versión original (hasta el primer final incluido) en el Congreso "Borges and Us: Then and Always", organizado por Hofstra University, Estado de New York, EEUU, el 14 de Diciembre de 2009.

El 8 de septiembre de 1948, Jorge Luis Borges, no totalmente ciego entonces, se hallaba de incógnito en Ampuero, (Cantabria-España). Había abandonado temporalmente su "Buenos Aires eterna" para descansar un poco de los "sinsabores" que le ocasionaba el gobierno de su país por sus ideas contrarias al régimen, y vuelto a la España de su primera juventud. Lo acompañaban, también de incógnito, su amigo de antaño Rafael Cansinos Assens, sevillano de estirpe sefardí, con quien había compartido no pocas aventuras literarias y galantes, y dos damas del lugar, *Ariadnas* virtuales del laberinto que rodeaba siempre a Borges dondequiera que estuviese. No diremos, por pudor, sus nombres, tan bellos como sus rostros.

Borges quería ver, antes de perder la vista como su padre, esa forma tan hispana del puro arrojo, que era -y aún es- la "encerrona". Cuando se oyó el estampido de las tres bombas que anunciaban la presencia de los novillos en la calle, Cansinos Assens le advirtió a Borges que ya todo comenzaba. Poco después, vieron correr una multitud de jóvenes seguidos de cerca por los animales, lanzándose a gran velocidad por el talud de la calzada. Remedaba una avalancha humana. Las vestimentas, blancas en su mayoría, aunque las había

también rojas, acentuaban el parecido. Los mugidos de las bestias desesperadas se mezclaban con el griterío de la gente, adentro y afuera del encierro. Era en verdad "un río que todo lo arrollaba", como había dicho el poeta santanderino Gerardo Diego.

Borges vio a uno de los que corrían, casi un niño por su frágil apariencia, salir repentinamente de la calle y deslizarse, no sin riesgo de su vida, en una especie de envión acrobático, hacia la acera donde se alzaba el cerco que protegía a los espectadores. Cayó a pocos centímetros de Borges, al otro lado de la red de alambre, y ambos se observaron con una mirada antigua, sabedora. El mozo, delgado y pálido, de grandes ojos tristes, que no contaba más de doce o trece años, le recordó vagamente a Borges su propia figura cuando él tenía esa edad; pero, por contraste, vivía siempre "encerrado" entre los muros de la biblioteca paterna.

- ¿Has tenido miedo? – le preguntó con su voz patriarcal, engolada.
- Sí señor, y mucho...
- “No es valiente quien no ha sentido miedo” –alcanzó a decirle Borges, mientras el joven se aprestaba para una nueva entrada.
- El chaval ha demostrado poseer una técnica irreprochable – dijo Cansinos Assens, admirado.
- Quizás la tenga -replicó Borges- pero lo más importante es el valor, "la "religión del coraje", ese rito viril, ancestral, por el cual se ofrece la vida sin aspirar a premio alguno; como los guapos que se enfrentaban a cuchillo en los arrabales de Buenos

Aires, sólo para mostrar sus agallas. Y les aseguro que antes de cada pelea tenían miedo –agregó incorporando a las damas en el diálogo.

¿No se batían por una mujer? –inquirió la Morocha, la de Borges.

- A veces, pero el duelo era casi siempre por puro coraje. Que la *prenda* del vencido se fuera con el vencedor era algo previsible, casi convencional, por más horrendo que parezca; pero ella no proveía el motivo de la lucha, apenas un magro símbolo de la victoria.
- ¿Cómo sabe Usted que esos hombres tenían miedo? Temor y valor me parecen sentimientos irreconciliables –aventuró la Rubia, la de Cansinos Assens, y este último agregó como echando más leña al fuego:
- ¿Y cómo sabes todo esto tú, que jamás te has peleado cuerpo a cuerpo con nadie, lo cual me consta porque me lo has dicho muchas veces ?
- Desde la casa-quinta de mi padre, en el barrio bravo de Palermo, a la sazón en las "orillas" de Buenos Aires, yo los observaba...Tras la reja en forma de lanzas de un cerco de hierro, que me protegía, los veía jugarse la vida en el embarrado callejón frente al almacén. Nos escapábamos, con mi hermana Norah de las alcobas, en horas de la noche, para mirarlos, amparados por esa reja y las sombras. Ella después los pintaba, con su prematuro talento. Sus ojos no engañaban: venía antes el miedo y enseguida, después del primer amago, la bravura. También los veíamos morir en el charco de su propia sangre, mientras el matador huía en la

oscuridad. Como en la "encerrona", salvando las enormes diferencias, es el coraje lo que le da sentido a todo.

- Pero la destreza también vale -insistió Cansinos Assens- como en el ruedo: esa danza del torero ante el toro, con el toro, y la muerte, torera invisible entre los dos, toreándolos a ambos...
- ¡Ah, no! –alegaron las damas al unísono, que por algo eran lugareñas.
- Si bien se la llama "corrida de toros", la tauromaquia no es como el encierro; en ella prevalece el arte, la preparación, aunque no esté ausente el valor –clamó la Rubia.
- Y el toreo tiene una belleza esmerada, hecha del ensayo y el error de muchas tardes; la encerrona, en cambio, posee una belleza espontánea, primitiva, ocasional, donde la experiencia cuenta menos –dijo la Morocha.
- Verdad -concedió Cansinos Assens- en la encerrona el mejor puede ser alguien que no ha corrido nunca. Pero siempre pesa la suerte, esa diosa esquiva, tanto en el laberinto de la arena como en el de la calle –agregó dirigiéndose a su amigo.
- Has dicho bien -asintió Borges- dos laberintos, uno circular y el otro serpentino, ambos infinitos, porque en ellos se puede rondar para siempre. El último vino de Creta, el primero es una metáfora del desierto...
- ¿Y el minotauro? –lo interrumpió la Morocha sin mirarlo.
- El minotauro no existe, es la máscara de la muerte.

- Entonces el laberinto es la imagen de la vida –concluyó Cansinos Assens, y gritó: -¡Ea, allá viene otra tanda de novillos-toros!
- Esta vez parecen *monchinos* –murmuró la Morocho, exaltada, y aclaró para Borges: -una raza bovina salvaje, que aún existe en los montes de Cantabria.
- Algunos, tal vez -replicó la Rubia- pero no todos, están mezclados.
- Habrá que ver cuál de ustedes es la más *baqueana* –rió Borges, rescatando de su ingente memoria ese término bonaerense, y añadió: -también el gaucho lidiaba con ganado cimarrón, vuelto salvaje, en la pampa desierta; pero lo mataba a facón o lanza sólo para extraer una pequeña parte preferida de los lomos, que luego era su *asado*. La pampa es el laberinto del gaucho...

En ese preciso instante, del otro lado del cerco, el mozo con el que había hablado antes se lanzó a correr nuevamente a poca distancia de los toritos, y uno de ellos, enloquecido por la furia, se arrojó contra el alambrado irrumpiendo en el refugio de los espectadores y comenzó a dar cornadas a diestra y siniestra. En medio del griterío y el fulgor de la sangre, Borges alcanzó a ver que el joven de marras volvía sobre sus pasos y trataba de atraer al toro hacia sí; y presintiendo la muerte inminente del mozo, se interpuso entre ambos. Allí, inmóvil como un poste o un árbol, contempló los cuernos rojos, las pupilas desorbitadas, la espuma que salía de la boca abierta, y creyó que llegaba su propio fin, "la cifra de sus días", como había acontecido con sus antepasados muertos en batalla. El toro, empero, se detuvo, le devolvió una mirada interminable y

movi6 su cuerpo en otra direcci6n, adonde lo llevaba el esquema imponderable de Aqu6l que gu6a los pasos de todos los seres de este mundo.

Con la visi6n del toro grabada en sus d6biles retinas, y que nunca podr6 ya borrar, Borges supo que el joven se hab6a salvado y que sus amigos estaban fuera de peligro.

Primer final

Alelado a6n, pens6 que por fin "le hab6a ocurrido algo" en su m6s bien sedentaria vida (en la cual "nunca pasaba nada", a diferencia de la de sus admirados ancestros guerreros), que hab6a puesto a prueba un coraje que no cre6a tener. Pero nadie, a su alrededor, parec6a haberse dado cuenta; salvo el mozo, quien intuy6 que hab6a llegado la hora de preguntarle, a su vez:

- 6Tuvo miedo se6or?
- S6, hijo m6o, m6s que t6.

Segundo final

Cuando todo hubo pasado, el mozo le dijo a Borges:

- Gracias, Se6or, me ha salvado la vida.

Y Borges inquiri6 en voz muy baja, para que no oyeran sus amigos:

- 6Est6s seguro de que fui yo?

- Ahora que me lo pregunta, no lo sé...Se veía como si fuera Usted.

Y aprovechando que Cansinos Assens se había adelantado con las dos mujeres, rumbo al hotel, Borges continuó:

- ¿Acaso un poco más joven?
- Tal vez, aunque sólo Usted estaba a mi lado en ese momento.
- Y sin embargo lo dudas. ¿Era más apuesto, más ágil, veía mejor?
- Quizá, eso no podría asegurárselo. Pero...-y calló de repente al ver la ansiedad en los ojos de su interlocutor.
- ¿Pero? -insistió el poeta. De algún modo, Borges suponía que no había sido él quien enfrentó al toro, sino “el Otro Borges”, ese ser imaginario, personaje de algunos de sus cuentos, que era casi su antítesis. O, como él diría, la otra parte del oxímoron. El sí tenía el coraje suficiente para hacerlo, la vista de un lince, el generoso corazón de un gaucho.
- No sé cómo decirlo. Había algo que resultaba diferente...
- ¿La vestimenta, la voz?
- No la voz...-el joven hesitaba- ¡Ya lo sé, la palabra!
- No recuerdo haberte hablado.

- Usted no me habló, pero dijo algo en un idioma extraño; eso me llamó la atención, y luego, con el susto, se me olvidó.
- ¿Recuerdas la palabra?
- No.
- ¿Y en qué idioma fue?
- Sólo sé que no era español.

Borges hizo un gesto de alivio, como si le sacaran un peso de encima, pero el mozo concluyó:

- Usted le habló al toro, la palabra era para él, y lo tranquilizó. Adiós, Señor, gracias de nuevo.

“La palabra perdida” -musitó Borges para sí, mientras veía alejarse al joven- *¿Dónde leí algo sobre eso?*- Pero ya sus acompañantes volvían sobre sus pasos, extrañados por su ausencia.

Esa noche, contemplando desde la ventana del hotel la calle donde había tenido lugar la encerrona, Borges trataba de acordarse dónde había leído lo de la palabra perdida. Le llevó un rato largo, mas al fin lo consiguió; no en vano lo llamaban “Borges el memorioso”, aludiendo a su famoso cuento y a su propia, prodigiosa memoria:

En un pasaje del tratado “Puertas del Cielo”, del Rabí Moshé Cohen de Herrera, el primer libro cabalístico escrito totalmente en español, se insinuaba que el **“Tretragrámaton”** era la palabra perdida; es decir, el vocablo hebreo de cuatro letras: iod, hei, vav, hei, que contenía el Nombre de Dios, síntesis del revelado a Moisés en el Sinaí. Lo realmente perdido u olvidado, era la adecuada

pronunciación de dichas letras enlazadas, que el Sumo Sacerdote del Templo de Jerusalén, encerrado en el *Sancta Sanctorum*, decía en voz alta el Día del Perdón. Quien lograra pronunciarlas correctamente, ya fuese por sabiduría o gracia divina, tendría con ello un gran poder para hacer el bien; pero quién acertara a hacerlo por mera casualidad, tanto podría ser para bien como para mal.

“Yo no poseo el saber, ni tampoco me considero digno de tanta gracia” - admitió Borges para sí, con su humildad característica- *“Sólo puedo preguntarme: ¿por qué después de decirla, la he olvidado?”*

Las posibles respuestas que pudo entrever, lo asustaron más que la cercanía física, animal, del toro, que había sentido en aquella inolvidable mañana de septiembre en Ampuero. Se consoló recordando una frase que el Rabí Shoshani había dicho para él , y que le gustaba citar: *“Los poetas son los espías de Dios”*

* * *

EL GOLEM DEL ONCE

I

Borges escribe sobre el *Golem* del Rabí Loëw de Praga uno de sus más asombrosos poemas, pero no menciona en ninguno de sus escritos al “Golem del Once”, aunque me consta que conocía la leyenda. Yo y mi tío materno, el Dr. Gregorio Topolevsky - fallecido un poco antes que Don Jorge Luis, amigo suyo del exilio de Montevideo y su vecino cuando ambos vivían en la calle Anchorena- fuimos testigos de ello.

Una tarde de julio del sesenta y tantos, en un café inconspicuo de la Avenida de Mayo, donde ellos solían encontrarse para recordar los

“sinsabores” de la época peronista o “hablar de bueyes perdidos”, como decía mi tío, y yo era un joven de provincia que empezaba a escribir, participé también -privilegio que nunca olvido- en su conversación. Ello fue posible gracias a que ese día era huésped de mi tío Goyo, durante unas vacaciones de invierno que en mi colegio se alargaron un poco más. El diálogo, incluyendo alguna pregunta mía, fue más o menos como lo transcribo a continuación, si bien he tratado de llenar, a mi manera, los huecos del olvido. Después de varias décadas de aquéllo y de ejercer el oficio de escribir, sé que, de todas maneras, el escritor siempre miente, aun sin saberlo.

-Cuando yo tenía mi consultorio en la calle Agüero, cerca del Abasto -contaba Goyo- una noche de lluvia allá por el cuarenta y siete, antes de que cruzáramos a la Banda Oriental, me trajeron un hombre herido al que había que tratar de urgencia. Era uno de los matones que merodeaban alrededor del viejo mercado, y tenía la nariz hundida por un terrible puñetazo que también le había partido la silla del esfenoideas; estaba inconsciente y sufría una conmoción cerebral. Luego de una cura elemental lo llevé en mi auto al Hospital Israelita para que se hicieran cargo. Al volver, el policía que me lo había traído, disculpándose por haberme despertado, alegó que hacía rato que intentaba llamar a la ambulancia, sin éxito, por el torrencial; y como me conocía, y todo sucedió a media cuadra de allí, le pareció que era lo correcto.”Hizo Ud. Bien, hombre”, le dije, y lo invité a pasar y a tomarse un café porque estaba aterido de frío. Además, intuí que quería contarme algo que le había impresionado mucho. “Ese malevo”, dijo después del primer sorbo, “suele golpear y robar a sus paisanos y a otros vecinos del Once, ha violado mujeres y amenazado gente durante las elecciones, de modo que no me apeno por su suerte. Pero el que lo golpeó, a quien no pude verle la cara porque usaba una capucha, era un hombre de más de dos metros de estatura y muy robusto, con una fuerza colosal, que corría tan velozmente como un caballo. Y le juro, Doctor, que esta noche no me tomé ni una sola copa de vino... ¿Ud. Me cree, verdad? “Claro que sí”, le dije, “ahora vaya tranquilo a casa, que ya todo ha pasado”.

- Conozco la versión del Golem del Once -admitió Borges- y no es la única ciudad del mundo que se ha adjudicado la presencia de otros Golems, parientes mágicos del de Praga, en el siglo XVI. Supongo que es una ambientación local de la que traían consigo los judíos emigrados del Imperio Zarista.

- Lo que a mí más me extraña de la leyenda del "Golem porteño" -continuó mi tío- es la reiterada coincidencia, en los relatos que he oído contar, en torno a la elevada estatura del mismo y su propensión a evitar desgracias y defender al desprotegido, como su homólogo de Praga. Hay una anécdota en la que él salva a un niño de morir arrollado por un tranvía, que me ha sido narrada de idéntica manera, hasta en sus más mínimos detalles, por varias personas, como si ello hubiera ocurrido en realidad.

- No obstante -repuso Borges- es un mito derivado de otro mito, y no una leyenda, porque ésta tiene siempre fondo histórico; el mito es pura creación de la fantasía humana. Todo ese asunto del Golem del Once no pasa de ser una charla de sobremesa o de café, como el del enano vampiro y otros seres fabulosos de la noche de Buenos Aires, esta ciudad de soñadores despiertos.

- Quizá tenga Ud. Razón -concedió mi tío Goyo- pero no olvide aquella sentencia de Goya, de que "el sueño de la razón engendra monstruos".

- La tengo bien presente, y para dirimir nuestra amable polémica le sugiero que visitemos al Rabí Shoshani, retirado en Montevideo, que es quizá el más notable cabalista de nuestro tiempo, ex maestro de Emanuel Levinas y de Elie Wiesel, así como de un tal Jorge Luis Borges, aunque esto último es un secreto. El es, asimismo, un memorioso; lo he visto, en una de sus clases clavar una aguja en la Torá (el Pentateuco), y acertar, sin equivocarse ni una vez, las letras atravesadas por dicha aguja. Yo tengo que viajar a esa Capital dentro de poco, por una visita familiar. De paso, veríamos también a nuestros viejos amigos orientales de la época del destierro. ¿Qué le parece?

-Es una idea formidable, cuente conmigo -respondió el tío Goyo.

-¿Puedo ir yo también? —pregunté sonrojándome, sin saber de adónde había sacado la audacia para hacerlo.

- ¡Por supuesto! -exclamaron ambos a la vez, y Borges agregó:

- Goyo me dijo que ya borroneas páginas, prométeme que algún día escribirás sobre esto. No importa cuándo...

Atragantándome con las palabras, y aún sin creer lo que estaba sucediendo, sólo atiné a balbucear:

*- ¡Lo jjuuro! —Ellos rieron, y yo me tomé de un trago el vaso lleno de “Bidú”**
para disimilar mi vergüenza.

**Bidú: bebida gaseosa argentina, anterior a la Coca Cola*

II

El Rabí Shoshani vivía en una bohardilla, no lejos del Cerro de Montevideo; no tenía residencia fija y cambiaba frecuentemente de domicilio, sobre todo cada vez que retornaba de sus misteriosas desapariciones. Sin duda poseía “dones extraordinarios”, como le gustaba decir a Borges, que hoy llamaríamos percepción extrasensorial; porque, apenas nos hizo pasar a su abarrotado escritorio, que hacía las veces de sala, biblioteca, comedor y dormitorio, dijo a boca de jarro con su dejo francés y conjugación vernácula:

- ¿Vienen por lo del Golem, verdad?

Borges, que ya lo conocía y, como lo había dicho, era uno de de sus discípulos ocultos, fue el único que no se asombró, y, acomodando sus cerúleas manos sobre el pomo del bastón, respondió:

- Así es, Rabí y Maestro.

Algo desganadamente, pasando una mano sobre sus desordenados cabellos para ordenarlos, inquirió nuevamente:

- ¿Y qué quieren saber? Sobre ese tema se ha dicho mucho y escrito demasiado. Ustedes no han venido a escuchar una conferencia; para eso les hubiera bastado leer cualquiera de los libros de Scholem, que no es mecubal, cabalista, sino “cabalólogo”, o “cabalómano”, y como todos los académicos no sabe nada de Kabalá –Borges tosió discretamente, porque también admiraba al conocido Profesor de la Universidad Hebrea, a pesar de su mal carácter, similar, en cierto modo, al de Shoshani, y agarró al toro por las astas:

- ¿El Golem, pudo haber sido real?

- Pudo. Depende de lo que se entienda por “real”.

- Quiero decir, si en verdad el Rabí Loëw logró crear un hombre artificial.

- Si es artificial no es real, en el sentido de un hombre cabal, valga esta palabra no sólo por “completo”, sino por “cabalístico”, o sea, hecho mediante la sabiduría esotérica.

- ¿Cómo? -inquirió Borges, arrepintiéndose evidentemente de esta última pregunta.

- Eso no se los puedo decir, y aunque pudiera, no lo entenderían.

- Nos bastaría con su afirmación de que es posible, y no un mero producto de la imaginación humana -terció el tío Goyo.

-¿Puedo saber para qué? –Ahora el Rabí Shoshani parecía más amigable.

Goyo y Borges le contaron todo, turnándose, acerca del Golem del Once. El misterioso rabino meditó un rato, y luego dijo dirigiéndose a Borges:

- Usted fue alumno mío, y no ignora que ése es un nivel oscuro de la mal llamada “Cábala práctica”, al que pocos tienen acceso, por su complejidad. A ello se llega después de muchos años de estudio y experiencia, y hasta un gran sabio como el Rabí Loëw puede equivocarse en su intento. Además, requiere una profunda fe y piedad, amén del cumplimiento del ritual. La Cábala es como la ciencia en su rigor, con “otros medios”, pero ambas son maneras válidas de desentrañar los secretos del universo. Las dos van atrasadas, una porque no ha llegado aún a develar los grandes misterios, la otra porque mucho de su caudal se ha perdido u olvidado. Y mirádonos a los ojos uno por uno, como si se acercara al meollo de su mensaje, continuó:

- Dentro de algunos años la ciencia también sabrá que es posible crear un hombre, y no me refiero a uno artificial, a un robot, sino a uno real, de carne y hueso. Por eso Scholem se equivoca cuando insiste en que se le ponga el nombre de “Golem” al primer computador de la Universidad Hebrea de Jerusalén.

- ¿Pero el Golem no fue hecho de barro, o arcilla? -inquirió Borges.

- La tierra, como el polvo, son metáforas bíblicas para indicar lo natural, lo que vive, muere y revive. Adam es creado según las leyes de la naturaleza, y el propio Jardín de Edén está en este mundo, es el mundo, sólo que no lo sabremos hasta que hagamos de él un verdadero paraíso y no el infierno que pergeñamos por ignorancia y desobediencia. El Golem es como un hombre, o casi; está hecho a “su imagen y semejanza” al igual que el propio Adam respecto de su Creador.

Al intuir que quedaba poco tiempo, el tío Goyo le hizo la última pregunta:

- ¿Creó el Rabí Loëw más de un Golem?

- Sí, pero no sabemos cuántos. —Y abrió la puerta, en una clara indicación de que la visita había terminado.

III

Antes de volver a Buenos Aires nos sentamos en un café de las cercanías, desde donde se veían las arenas calcinadas de la playa y, más allá, las azules aguas del río más ancho del mundo antes de su encuentro con el mar.

- Desde aquí se entiende por qué Solís llamó "Mar Dulce" al Plata -dijo mi tío Goyo.

- Otro ejemplo de la geografía fantástica del Nuevo Mundo -asintió Borges, y volvió enseguida al tema del Golem: -La respuesta del Rabí Shoshani parece darle a Usted la razón, querido amigo...

- No está tan claro -musitó Goyo sin apartar la vista de la inmensidad acuática -su afirmación es escalofriante, me dejó pasmado...

Aprovechando el silencio momentáneo, dije como para mis adentros:

- La solución, tal vez, está en el futuro...

Al cabo de casi cuarenta años más tarde, cuando ambos, Goyo y Borges, ya se habían bajado a la tierra, creí entender una parte de la sentencia del Rabí Shoshani. Fue cuando aparecieron las primeras noticias sobre la clonación. Si bien todavía no se ha duplicado un ser humano, o, al menos, aún no lo sabemos, ello es algo factible y aterrador que ojalá no suceda nunca. Pero no pude menos que preguntarme: ¿Era el *Golem* un clon de algún hombre de la época del Rabí Loëw, lo eran los otros doce *Golems*, lo fue, o es, el *Golem* del Once? ¿Llegó al fin la ciencia, en este caso la genética, al punto en que la sabiduría esotérica pudo alcanzar siglos antes, por caminos ya olvidados? ¿Sería un *Golem* genético tan defectuoso como el de las leyendas, como para mostrar que la creación de un ser humano sin falla es aún, o será siempre un atributo divino? ¿Estaba también la precognición entre los dones del Rabí Shoshani o era otra coincidencia, vocablo éste con que la humanidad, para tranquilizarse, encubre los secretos demasiado inquietantes?

De todos modos, cumplí mi palabra y escribí el cuento. Lástima que ya no puedan leerlo los tres hombres a quienes se lo debo. Por eso esta dedicatoria, a diferencia de la gran mayoría de ellas, va al final:

A mi tío Goyo y a Borges, porque las deudas se pagan.
Al Rabí Shoshani, porque, quizás, él ya lo sabía.

* * *

DOS TAUMATURGOS

(Este cuento obtuvo el Primer Premio en el Certamen de Relatos Breves "Bellver", del Diario de Mallorca, España, en el año 2008)

Prefacio

A Borges no le hubiera disgustado que lo llamaran el "Vidente", no en el sentido vulgar de la palabra, por supuesto -ya que él no lo fue durante gran parte de su vida, y le habría parecido una burla- sino en el sentido esotérico. Sería como compararlo con el Vidente de Lublin, célebre rabino jasídico que poseía varios poderes, entre ellos el de la precognición. No es éste empero, el caso de Borges, que *veía sin ver*, como lo admite Alberto Manguel en un libro perdurable, recién editado (*). Ya ciego, poseía una especie de sentido adicional para inferir el título o la trama de un libro: "...acariciando los tomos de las obras en cualquier librería o biblioteca desconocida por él". Manguel mismo, afirma haber sido testigo ocular de esta maravilla. Es quizá el aserto más increíble de ese libro veraz, rico en íntimas sorpresas, y un digno homenaje al "Sumo Sacerdote de los Lectores" como allí se lo llama. Y, en verdad, ¿a qué otro consuelo sobrenatural podría aspirar ese gran poeta, escritor y bibliotecario ciego que no fuera la lectura, a pesar de su ceguera?

Borges "leía" con sus manos...Y no obstante lo difícil que resulta aceptarlo, yo creo que la aseveración de Manguel es cierta y el

hecho verosímil. Los ciegos no sólo desarrollan cualidades sensoriales compensatorias, oído, tacto u olfato excepcionales, sino también, a veces, extrasensoriales; o bien, nuevos sentidos que aún no han sido cabalmente explorados. ¿Y qué otro nuevo sentido podía surgir en ese Quijote libresco del siglo XX que no fuera una lectura sin ojos? Más que ver, Borges leía, leía con la piel, con la yema de sus dedos y la palma de sus manos.

A menudo he pensado que la colosal cantidad de libros por él conocidos -y recordados- no se explica sólo por sus diversas "Ariadnas" lectoras, que lo guiaban por el laberinto de su ceguera, incluida su madre, Doña Leonor Acevedo, en "esas tardes, que a las tardes son iguales", sino a más ocultos *done*s, como a él le gustaba decir.

Para hablar de ese misterioso don deberé, a mi vez, relatar un cuento; o, más bien, meter un cuento dentro de otro, al estilo bizantino. En un peregrino relato mío, solapadamente autobiográfico, que no citaré, he tergiversado, a mi manera, un suceso real vinculado con aquel tema. No puedo transcribir los párrafos de ese cuento, porque sería como mezclar dos sueños y todo sueño forma un todo único, intransferible, igual que ciertos secretos. Aludiré pues, a aquel episodio con otro relato, cual si surgiera de un nuevo sueño, aunque esté inspirado en un episodio real. Pero esta vez sin ocultar los verdaderos nombres de los personajes, lo que antes había hecho por puro pudor y discreción.

(*) *Alberto Manguel: "Con Borges" (Alianza Editorial, 2004)*

I

Marquesini -así, a secas, pues nadie conocía su nombre de pila- fue un famoso taumaturgo cordobés, de la "pampa gringa" argentina (prefiero llamarlo así y no curandero o mago, porque la taumaturgia es el arte de hacer prodigios, y eso era lo que él hacía). En su provincia natal, Córdoba, lo conocían más como "adivinator de enfermedades", y a veces realizaba diagnósticos sorprendentes,

poco menos que milagrosos. Había pasado por mi pueblo, Saturnino María Laspiur -cuyo verdadero nombre también mantengo aquí- camino a la ciudad de San Francisco, fronteriza con la vecina provincia de Sante Fe, a causa de la lluvia. Como el asfalto estaba interrumpido justo a una legua del pueblo, se le empacó, como dicen por allá, el coche en la cañada, y tuvo que quedarse en el pueblo por varias horas, hasta que se lo sacaran del pantano. Era natural que se apersonara en el sanatorio paterno, quizá llevado por la fama de mi padre, que ya era una leyenda viva entre los colonos de toda esa región del Departamento de San Justo. Mi padre, el Dr. Nelay Najenson, médico que hacía de su oficio una misión, lo trató a cuerpo de rey.

Pero quien lo vio llegar fui yo, reconociéndolo de inmediato, porque su foto había aparecido en "la Voz del Interior", matutino de la capital cordobesa, por haber salvado a un bebé de la muerte descubriéndole una grave dolencia que nadie había previsto. Para un niño de once años, que entonces soñaba con curar como lo hacía su padre, era todo un privilegio ver a alguien tan célebre, un "médico brujo", como decían los lugareños.

- *¿Es éste el sanatorio del Dr. Nelay? -me preguntó al verme ir a su encuentro, mientras bajaba de un sulky (*) que lo había traído de la cañada.*
 - *Sí, Dr. Marcó del Pont -le respondí de inmediato - él es mi padre, lo llevaré a su encuentro.*
 - *Gracias, pibe -dijo sonriendo- asombrado de que lo llamara doctor (pues no lo era, aunque había estudiado varios años de medicina), y por su nombre;*
- (*) sulky: carruaje abierto, de grandes ruedas, tirado por caballos
- *luego subió ágilmente los escalones que conducían a la sala de espera.*

Yo me adelanté a él para abrirle camino entre pacientes y enfermeras que abarrotaban la sala. Era un hombre delgado, de regular estatura y cabello rubio, que usaba muy corto, "a la americana", como se decía entonces. Para que

no quedara trabado en la red de preguntas y respuestas que precedía toda entrada al consultorio de mi padre, altar de aquel templo, lo tomé de la manga y entré sin golpear, valiéndome de los derechos filiales. Por suerte, mi padre estaba con Domingo, el enfermero jefe, dándole instrucciones, y yo era su compinche y él mi "amigo grande", con quien pergeñábamos bromas y travesuras.

- *¡Papá -casi grité de emoción- te presento a Marcó del Pont! —Los tres rieron de mi salida y se estrecharon las manos.*
- *Bienvenido -dijo mi padre- ¿qué lo trae a este pueblo perdido en la pampa?*
- *Se me quedó el auto empantanado al borde de la cañada. Lo están sacando del pozo con una cuadrilla de caballos.*
- *Les llevará horas, quédese a almorzar.*
- *Encantado, espero no ser una molestia.*
- *Al contrario, tendré mucho gusto en charlar un rato con Ud., su buen nombre lo precede.*
- *Yo he descubierto que el suyo es el más querido de toda la zona...*

Para ocultar su turbación, pues era un hombre modesto, mi padre lo interrumpió diciendo:

- *Venga, le mostraré el sanatorio — y lo llevó por todas las dependencias, explicándole casi cada detalle.*
- *Tenemos hasta una piecita de revelar radiografías. Aquí nos quedamos muy aislados en época de temporales.*
- *Me lo imagino, si ahora la cañada está impasable, después de una lluvecita, cómo será cuando caen torrenciales. Menos mal que ya ha escampado. Quizá pueda seguir esta tarde mi camino.*
- *Sólo si lleva una buenas gomas pantaneras y cadenas, por las dudas.*
- *Ya me han prevenido, pero el trecho más peliagudo parece estar al sur, como bien lo he podido comprobar, por el rebalse de la cañada.*
- *Así es, si no terminan de construir el asfalto de una buena vez, la cañada se tragará al pueblo —Domingo me tapaba con su corpachón para que no vieran que yo los seguía a todos lados.*

Cuando habían dado la vuelta completa, una de las mucamas se acercó a mi padre y le dijo al oído: "Doctor, ya está listo el almuerzo". Mi padre guió al forastero hasta el comedor privado, un ala del sanatorio donde estaba nuestro pequeño departamento, antes de que se construyera la nueva casa, en el solar vecino. Mi madre se hallaba, a la sazón, en la ciudad de Rosario, ayudando a una de sus cuñadas que iba a tener familia; de modo que comimos sólo los cuatro, atendidos por Onelia, la cocinera, cuyos exquisitos manjares el taumaturgo tuvo ocasión de apreciar y, oportunamente, alabar. Sirvió al estilo del pueblo, combinando la cocina criolla con la italiana: empanadas y chorizos, pasta y asado, regados por un vinito abocado (medio dulzón) de Traslasierra, seguidos por pastelillos fritos y alfajores caseros de dulce de leche con el café. De sobremesa, como era de esperar, hablaron de medicina y magia, usando a menudo palabras que yo aún desconocía, mientras los tres fumaban cigarros de hoja con un aroma que todavía embriaga mi memoria.

Luego mi padre llevó a Marcó del Pont, siempre acompañados por Domingo y mi sombra, al pabellón de enfermos graves, para oír sus diagnósticos. Pero él guardó silencio durante un minuto, y dijo con tristeza:

- *Después de una comida tan opípara, mi querido Doctor, no puedo diagnosticar ni un empacho, le ruego que me disculpe -mas al ver la desilusión de mi padre, agregé después de haber hesitado un momento:- No obstante, hay algo que sí puedo mostrarle, sólo a Ud., y bajo su promesa de que no se lo contará a nadie, al menos mientras yo viva.*
- *Tiene mi promesa, vamos a mi consultorio y allí cerraré la puerta con llave -mi padre nos miró para pedirnos, sin palabras, con su delicadeza de siempre, que los dejásemos solos.*

Domingo y yo saludamos como para irnos, pero no era eso lo que teníamos in mente. Nos adelantamos a su paso cruzando por uno de los atajos de ese caserón de un solo piso que era el sanatorio, y logramos escondernos en el consultorio antes de que llegaran, detrás del biombo donde se desvestían los pacientes.

Ellos se sentaron frente a frente, separados por el antiguo escritorio de caoba, después que mi padre cerró la habitación con llave y entornó las persianas para evitar la resolana. El sol de la siesta penetraba, empero, por una estrecha claraboya que había en el techo, alto y abovedado, como un cono de luz que atenuaba la penumbra y pendía cual un halo en torno a sus cabezas. Parecían dos santos varones, como esos que adornan los muros de la Capilla del pueblo, acentuando el aire de misterio que enrarecía la estancia.

El forastero, sin más demoras, le pidió a mi padre “una estampa o un grabado, algo poco común que no fuese fácilmente adivinable” -así dijo- y él le dio una pequeña fotografía que siempre llevaba en su billetera. Yo la conocía bien, porque era una imagen de mi madre escribiendo en una pizarra. Sin mirarla, la puso en la palma de su mano con la cara posterior hacia arriba, y luego fue describiendo lo que había en ella:

- *Una mujer rubia, distinguida, escribe algo en un pizarrón. Detrás hay un árbol centenario, una acacia quizás, y junto a ésta un aljibe cubierto de azulejos. -Asombrado, mi padre le preguntó:*
- *¿Alcanza a ver lo que está escrito? -El hombre frunció el ceño como si se concentrara con cierto esfuerzo, y gotas de sudor corrieron sobre su frente:*
- *“Te amo, eso es lo que cuenta” ¿Es su señora?*
- *Sí, un recuerdo de cuando éramos novios, en Rosario. Pero Ud. seguramente lee mi pensamiento...*
- *No necesito hacerlo, aunque también soy telépata. Tampoco se trata de clarividencia, eso es captar algo que está sucediendo en otro lugar al mismo tiempo. Yo simplemente lo veo.*
- *No tiene ojos en las manos...*
- *No hacen falta ojos para eso, todo está en todo, como una esfera infinita, extensible y retráctil, en la que el centro se halla en todas partes y el borde en ninguna.- Y adelantándose a la próxima pregunta, agregó: -no se trata de magia, ni de un truco ilusionista; tampoco sabría explicarle qué lo causa ni cómo funciona. Es un raro don que poseemos muy pocas personas en el mundo. Nos llamamos “videntes”, más no puedo decirle.*

- *Perdóneme, pero aún no me ha convencido -admitió mi padre- ¿los diagnósticos tampoco son reales, verdad?*
- *¡Claro que lo son! Todos son dones, como diría Borges, y están vinculados.*
- *¿Quién es Borges? –le pregunté a Domingo en un susurro inaudible.*
- *No mencionó ningún nombre -el buen enfermero me miró intrigado- dijo que todos los dones, es decir los poderes, están ligados entre sí. –Me quedé pasmado y temeroso porque ese mensaje iba dirigido sólo a mí. Marcó del Pont sabía que estábamos allí escondidos, pero no nos delató.*

Apenado porque mi padre no estaba realmente convencido, él señaló entonces un sobre con un impreso, todavía cerrado, que estaba sobre el escritorio.

- *¿Esto lo ha traído hoy el cartero?*
- *Apenas un rato antes de que Ud. llegara. Es una nueva revista médica de aparición reciente, pero aún no la he leído.*
- *Se supone que yo no la he tocado ni visto nunca. Abrala donde Ud. quiera y déjela en mis manos con el lomo para arriba.*

Mi padre hizo lo que le pedía, y él posó la palma derecha bajo una de las páginas mientras sostenía la revista con la otra. Luego leyó un párrafo entero, palabra por palabra, en voz alta, y le pasó la revista a mi padre. Este, alelado, pudo comprobar que no se había equivocado ni una sola vez. El cono de luz que los envolvía cesó de pronto, y la semi-oscuridad se adueñó del cuarto. Un silencio ominoso cayó sobre los seres y las cosas. La voz del taumaturgo nos devolvió el mundo:

- *Vuelvo a recordarle su promesa...*
- *Sí, de no contar lo que he visto mientras Ud. viva. No tema, tiene mi palabra de honor.*
- *Gracias, Dr. Nájera, y también por su generosa hospitalidad.*

Dicho esto, lanzó una mirada subrepticia hacia el biombo; lo cual significaba que nosotros dos estábamos, asimismo, implicados en dicha promesa. Mi padre lo acompañó hasta la calle, donde ya estaba estacionado su coche. Era una cupé blanca, con capota que, limpia del barro del pantano, brillaba como una joya en medio de las volantas negras de los chacareros**; parecían carrozas fúnebres rodeando un ángel caído. Corrimos tras ellos a tiempo para la despedida, y el Taumaturgo nos abrazó a los tres, uno por uno. Cuando fue mi turno, al final, volví a escuchar aquel nombre como un tambor dentro de mí:*

- *Borges es un poeta casi ciego que posee el don. Recuérdalo... Domingo se llevó el secreto a la tumba porque murió ese mismo año de tuberculosis, poco antes del primer expendio público de penicilina en el país. El lo sabía de algún modo, quizá Marquesini se lo dijo; quizá, también, le ayudó a sobrellevarlo.*

* volantas: carruajes cerrados, tirados por caballos. **chacareros: granjeros

Cinco años más tarde, le oí contar a mi padre la historia, reconociendo que finalmente el Taumaturgo lo había convencido de su curiosa forma de leer, pero sólo de eso.

- *¿Ha muerto Marquesini? —le pregunté sin pensar. Me miró como sospechando algo perdido en el tiempo, pero nada preguntó y dijo:*
- *Sí, hace unos días. Me enteré por la radio. Lástima, era tan joven todavía...*

Esa misma noche escribí el borrador del primer cuento sobre todo aquello, que no incluía a Borges. Por esa época, también, empecé a leer sus libros. En ninguno de ellos, empero, deja traslucir nada sobre el don que compartía con el otro “Vidente”. El también era un Taumaturgo, a su manera, aunque sus prodigios estaban hechos de palabras.

II

Pasaron otros cinco años hasta que conocí a Borges, en su casa de la calle Anchorena, en Buenos Aires. Mi tío materno, el Dr. Gregorio Topolevsky (a) “Goyo”, que vivía entonces a dos cuadras del más grande de los escritores argentinos del siglo XX, me llevó a conocerlo. Eran amigos, porque habían escapado juntos a Montevideo durante una redada de la dictadura.

Borges nos recibió en su estudio-biblioteca que, contra mis expectativas, no albergaba una cantidad abrumadora de libros. Su madre, Doña Leonor Acevedo, nos hizo servir allí mismo, una perfecta merienda criolla con opción a mate cocido. Después de una inolvidable charla entre ellos sobre la época de Perón, matizada con recuerdos de la Banda Oriental, como insistían en llamar al Uruguay Doña Leonor y su hijo, y varias chispas del fino humor borgiano, me atreví a preguntarle si había conocido a Marquesini.

- No conozco a ese escritor, ¿es argentino” –preguntó con su clásica ironía. Al ver que íbamos a enfrascarnos en una charla literaria, Goyo y Doña Leonor tuvieron el delicado tino de dejarnos solos por un rato, y aproveché para contarle, en pocas palabras, la anécdota con el Taumaturgo, y lo que me había dicho de él. Me escuchó con gran atención, y luego de unos minutos de silencio que me parecieron interminables, durante los cuales me arrepentí mil veces de haberle hecho una pregunta tan personal en lugar de hablar realmente de literatura y aprender de él, me contestó con su voz engolada, inconfundible:
- Es como ese doble sueño del tesoro que Goyo me contó cuando cruzábamos el río hacia Montevideo, para olvidarnos de la *Mazorca* * peronista que nos había seguido, casi pisándonos los talones: **

“ Un judío pobre llamado Aisik viajó a pie desde su remota aldea hasta Varsovia, para saber que el tesoro prometido en un reiterado sueño que lo incitaba a viajar a la capital del reino, no estaba allí sino en su propia casa.

Ello le fue revelado gracias al sueño paralelo pero inverso de un guardia del palacio real, que se lo contó riendo para concluir: No voy a ser tan idiota como tú y creer no sólo que el tesoro existe, sino que se encuentra en esa remota aldea, oculto bajo el horno de un pobre judío llamado Aisik.”
¿Comprendes?

- No todavía, Don Jorge Luis...

-

**Mazorca: sociedad de matones políticos del tirano Rosas, en la Buenos Aires de mediados del siglo XIX, aplicada por el personaje como una metáfora a su época.*

***Transcribo el cuento como lo recuerdo, apenas auxiliado por unos apuntes que tomé después para no olvidarlo.*

Sonriendo mefistofélicamente, con la mirada perdida en lontananza, Borges susurró.

- Ya lo entenderás...-y mientras Goyo departía con Doña Leonor en la sala contigua, me dijo sin palabras:
- *Ahora puedes darme tu libro de poemas que trajiste para mí...-(yo lo tenía en mi bolsillo sin atreverme a entregárselo, y se lo dí, azorado por lo que acababa de descubrir). El lo tomó en sus manos, todavía sonriente y, aún sin hablar, prosiguió: -Son poemas nocturnos y trágicos, casi fúnebres; aunque apenas he leído unas pocas estrofas veo las huellas de José Asunción Silva, Claudio de Alas, Guillermo Valencia, y otros temibles poetas colombianos suicidas de fines del siglo pasado. No son malos maestros, pero su angustia conduce a la desilusión y al olvido. Veo también, con alivio, que no hay influencia mía en tus versos. Sigue tu propio camino, la poesía es como la Cábala, no se enseña ni se aprende, se busca.*

Y al escuchar que ya Goyo estaba despidiéndose de Doña Leonor, alzó apenas el brazo hacia un estante situado a su derecha para sacar un libro pequeño, forrado en cuero, que puso en mis manos.

- Léelo, y aprenderás de mis errores...-Eran todos los originales encuadernados de sus poemas juveniles de la época ultraísta, los “Salmos Rojos” y otros incluso inéditos, que sólo alcancé a vislumbrar allí, y que Borges nunca quiso publicar o reeditar; un verdadero tesoro...

En ese momento, Goyo y Doña Leonor aparecieron en el dintel de la puerta. Durante el corto trayecto de regreso a la casa del tío, el libro me quemaba las manos. Había dado con mi tesoro, y estaba leyéndolo al modo de Borges...Finalmente comprendí por qué éste había recordado el relato del doble sueño, y también por qué el Taumaturgo me había confiado aquel secreto. Mi susto fue tan

grande, que nunca volví a probar si de veras poseía el *don*, o todo había sido mera sugestión.

* * * * *

SEGUNDA PARTE

(De: POEMAS DE TANGO ADENTRO, poemario inédito)
TANGO DE LA REPATRIACION
(A Jorge Luis Borges, *IN MEMORIAM*)

Che Borges, mandate un tango
de aquéllos, que vos sabés, (estribillo)
con orilleros de antaño
y puñales al revés.

Para contarle a la luna
colgada en la Recoleta,
dónde estaría tu tumba
si no estuviera en Ginebra.
Y decirle que algún día
repatriaremos tus restos,
así como vos querías,
para que estés con los nuestros.

(*estribillo*)

Ya lo tenés a Piazzola
que te haga las semifusas,
y a Sosa pa' que lo cante
con bella voz de ultratumba;
a Troilo para que toque
con su orquesta de difuntos
y un fuelle de media noche
tras el eco de los muros.

(estribillo)

Y que venga el "Otro Borges"
a bailarlo, por los aires
taconeando en los panteones
la fiesta de Buenos Aires.

Y tal como lo trajimos
a Carlos Gardel de vuelta,
¡juramos los argentinos
reenterrarte en esta tierra!

(estribillo)

* * *

LA "RELIGION DEL CORAJE"

"...ahí están los soberbios cuchilleros y el peso de la daga silenciosa..."

Jorge Luis Borges: "El Tango"

Así es, Don Jorge Luis, eran soberbios,
tiranos, pretenciosos, pendencieros;
en la cruz del puñal, rosa de nervios
y en el filo sus ojos agoreros.

De todos los pecados capitales
la soberbia es el peor, porque desprecia
al otro ser humano, la más necia
veleidad: creerse Dios en sus cabaes.

Pero también hay algo en ese ultraje

que aunque no los redime ni perdona
nos causa admiración, es el coraje,

la sinrazón de jugarse la vida
de enfrentar a la muerte, comadrona
del misterio, esa pampa perdida.

* * *

ENSAYOS

“MATAR” A BORGES

(Revista “ISLAS”, 43(127):55-62; enero-marzo, 2001)

Un conocido escritor europeo «de cuyo nombre no quiero acordarme», sutilmente influenciado por la imponderable obra de Borges, aconsejaba a los autores argentinos:

«Ustedes deben matar a Borges, de una vez y para siempre». Como este consejo fue expresado a más de una década desde la muerte física de Borges, aquel escritor no debió afrontar acusaciones de incitación al crimen, aunque sin duda ya ha sido criticado por suscitar el asesinato metafísico, literario, del mayor poeta, cuentista y ensayista argentino de nuestro siglo, y uno de los más grandes de la lengua castellana. Pero el antiguo consejo, que expresa veladamente la máxima admiración posible por

el autor de «El Alef», no sólo hará mella en los escritores argentinos e hispanoamericanos de todo el mundo, según sus respectivos «inconscientes literarios» (valga el robo lateral a Jung), sino también y especialmente en los escritores «cautivos»,⁽¹⁾ hispanohablantes de Israel. Porque nosotros, además de la consabida deuda a Borges en relación con la nostalgia de Sefarad, somos deudores suyos en cuanto a gran parte de la temática judía en general, a cuya legitimación literaria ya se ha referido la ensayista

Profa. Edna Aisemberg (2) En cierto modo, los escritores cautivos somos más hijos de Borges que de nadie, porque su influencia inaugura en nuestra obra incipiente «pre-israelí», es decir, aún diaspórica, no poco del despertar de los motivos judaicos que nuestra asimilación al medio literario soslayaba. Nótese que diferenciamos, algo arbitrariamente, entre temática «judía» e «israelí», aunque ambas estén profundamente imbricadas. Lo que se intenta poner de relieve con esta distinción es el juego entre el todo y la parte, o, en un plano más amplio, el conjunto de la civilización judía y la cultura israelí, que hereda la tradición de aquélla en sus múltiples formas migratorias, pero genera un modo de vida propio por el mero

hecho del regreso a su tierra de una considerable porción del pueblo errante.

El «parricidio» borgeano se torna, en los escritores cautivos, una necesidad perentoria a causa de la «nostalgia» que, en mi opinión, es la quintaesencia de la escritura cautiva. Por esto, quizá asume una intensidad particular, convirtiéndose en un imperativo categórico de sobrevivencia literaria. Porque Borges es la nostalgia misma, y ésta es también nostalgia de Borges.

Sabemos que es virtualmente imposible imitar a Borges, que su obra no tiene seguidores como es el caso de García Márquez o Vargas Llosa, e incluso Sábato y Cortázar, que no se puede escribir como Borges ni copiar su inigualable estilo, tan singular y dependiente de un talento, de una erudición y circunstancias difícilmente equiparables. Pero sí se puede remedar la temática borgiana a través de la transfiguración de sus propios motivos por mera metáfora. Se puede caer prisionero de sus infinitos tópicos sin

(1) Nos referimos aquí al concepto de «escritura cautiva», acuñado por nosotros en «La edificante fábula del ornitorrinco y la equidna» (Diálogo, No.18), Jerusalén, otoño de 1987), donde se expresa que somos doblemente cautivos, de un país y su historia: Israel, y de una lengua: el español. (2) Véase Edna Aisemberg: «El tejedor de Aleph», Sudamericana, Buenos Aires, 1990

darse cuenta de ello, aunque se eviten los más reiterados (tigres, sueños, espejos, etcétera) porque Borges virtualmente toca todos los temas, a excepción .quizá. del sexo, si bien hay ciertos cuentos como «La noche de los dones»(3) y «Ulrica», que bordean, muy fronterizamente, lo erótico y lo amoroso.

En este sentido, Borges constituye la excepción a una regla «sadeana» sagazmente reformulada por Vargas Llosa: «toda gran literatura es también erótica».

Para los escritores cautivos, Borges es la encarnación de la nostalgia; matar a Borges conlleva también la muerte de aquélla. Allí está el dilema y la imposibilidad del parricidio. ¿Cómo salir entonces del laberinto sin matar al Minotauro? Tal vez la

única manera, amén de volcarse a la literatura erótica y “negra”, cosa que yo mismo he hecho inconscientemente, (4) sea el simulacro del crimen. Es decir, hacer como si uno cometiese el parricidio sin consumarlo. Exorcizar a Borges, conjurarlo, como se conjura al Diablo en la «Salamanca»(6) ofreciéndole vino, que es su propia sangre.

El sacrificio simulado nos devolverá todos sus temas, que son casi todos los temas, develando sus premisas más terribles, como aquélla de que «todos escribimos el mismo libro». Al poner esta premisa de manifiesto, con su metafísica circular y basada en el mito del eterno retorno, nos desentendemos de Borges, aniquilamos la semejanza entre los entes de la Creación, y de la creación literaria, para acentuar sus diferencias, el abismo que existe no sólo entre tema y tema, sino entre las diversas versiones de un tema. Abandonar la armonía y mostrar su otra cara, el desorden o el caos, lo «apolíneo» por lo «dionisiaco», para usar esta bella tipología antropológica cuasi literaria. de Ruth Benedict.(7). Al hacerse

(3) Jorge Luis Borges: «La noche de los dones» y «Ulrica», (en *El libro de Arena*, EMECE, Buenos Aires, 1975).

evidente, se aniquila una de las dimensiones de la óptica de Borges, básicamente apolínea (todos tenemos ambas en alguna medida), para invertir la relación en otra mayormente dionisiaca, recuperando la totalidad de los temas. Este par de opuestos es sólo una de las dimensiones de dicha óptica, cuya búsqueda sólo ha comenzado.

En el plano de la lengua, es menester diluir la nostalgia borgiana mediante la conciencia del «puente». En una prolija entrevista, realizada por Clark M. Zlotchew, Profesor de Literatura Hispanoamericana (SUNY College at Fredonia), (8) él me consultó sobre la idea del puente: «ser un puente, y en el puente algo se deja para pasar a otra situación... Un puente entre Argentina e Israel, entre la lengua española de aquellas tierras y ésta [lengua española] que se va transfigurando porque no estamos allá. Pero se enriquece con lo que existe acá [en Israel]. No se transfigura por el olvido, porque la nostalgia la mantiene siempre viva. sino por el embellecimiento en que la misma nostalgia la sume». (9) Por ejemplo, cuando vivía en la Argentina, e incluso en Chile, México e Inglaterra, países de mi errar por el mundo, buscaba temas judíos, estimulado por el ejemplo y el influjo de Borges. Pero en Israel me sentí libre de escribir sobre cualquier cosa, «como un escritor israelí más, sobre vampiros, sobre erótica, sobre equidnas ninfomaniacas, sobre lo que sea». (10)

5 Por ejemplo: José Luis Najenson: Memorias de un erotómano y otros cuentos, Monte Ávila Editores, Caracas, 1990. «Pardés-Sefarad» (Primer Premio «Villa de Martorell» de Poesía Castellana, 1995), Ed. SEUBA, Barcelona, 1995, que combinaba cábala y erótica). (6) Cfr. José Luis Najenson Cultura nacional y cultura subalterna, pp. 52-58, Ed. Universidad Autónoma del Estado de México, 1979.

7 Ruth Benedict: El Hombre y la Cultura, Hachette, Buenos Aires (varias ediciones).

Allí quise ser un escritor judío, quizá llevado también, además de la apertura borgiana, por un sentimiento de culpa latente que involucra la «asimilación literaria». Pero aquí en Israel ese trauma inconsciente no existe porque todo es judío, independientemente de la sempiterna discusión judía acerca de quién o qué es judío. Quiera uno o no, y escriba en el idioma en que escriba, el producto será judío y será israelí. Eso pasa con todos los escritores inmigrantes que han venido al país en edad adulta, y no han podido o no han querido dejar de crear en su lengua madre.

Exorcizando la singular mirada borgiana sobre las cosas y los seres como objetos literarios, esa perspectiva tan solitaria y libresca, tan argentina y universal al mismo tiempo, abandonándola a su propio misterio, uno puede recuperar el universo literario e incluso aprender de Borges, de su legado a todas las generaciones futuras, como se aprende de un «clásico» en su propio, y estudiado sentido (11). El rigor de la palabra justa, la economía de vocablos, el soslayamiento de la retórica inútil, la desconfianza del barroco y de las vanguardias (no sin haberlos conocido), la infatigable búsqueda de la belleza en la síntesis, propia de la poesía. Quizá, también, un sobrio manejo de la metáfora, controlando su exceso, y la fuga de todo pintoresquismo local o nacional.

Pero ser judío e israelí y universal al mismo tiempo, así como argentino y universal, no es quehacer fácil, si bien existe una sutil afinidad entre ambos binomios. En cierto modo, los argentinos somos los «judíos» de América Latina, en un sentido muy abstracto del concepto: una vaga animadversión injustificada, cierta solapada envidia, injustificada también, una como nostalgia de Occidente

8 Clark Zlotchew: «Una literatura hispana cautiva: entrevista a José Luis Najenson», *INTI: Revista de Literatura Hispánica*, (34-35): 207-222, Nueva York,

otoño de 1991-primavera de 1992.

9 *Ibidem*, p. 211.

10 *Idem*.

(que también se puede sufrir en Occidente); la búsqueda constante de la percepción del otro, del otro universal, esa diléctica. Todo eso Borges lo sabía, o intuía, y de allí su permanente admiración por ciertas facetas del pueblo judío, cuya religión-civilización, a la vez universal y particular, mesiánica y bíblica, talmúdica, y cabalística, no cesaba de ponderar: «Todos de alguna manera somos griegos o judíos»,⁽¹²⁾ clamaba al referirse al meollo de la, así llamada, «Civilización Occidental». De Israel, Borges admiraba, entre otras cosas, el «coraje» recuperado, equivalente a esa virtud argentina, a la que se refería poéticamente como la «religión del coraje»,⁽¹³⁾ presintiendo oscuramente, quizá biográficamente, «que el valor es el antídoto del miedo».

Matar a Borges simbólicamente significa, sobre todo, quedar libres de la convicción de su insuperabilidad, tan arraigada en nuestra generación «borgiana», la venturosa camada de lectores y escritores que ha crecido en su siglo, la privilegiada estirpe de los que lo conocimos. Y aquí quizá resida el punto crucial del consejo literario que da nombre a este ensayo. Porque todos los grandes autores que fueron sus contemporáneos son más vulnerables, más «asesinables» metafóricamente. Y no sólo porque sean «imitables», como ya se ha dicho, sino por esa certeza, tan nuestra, tan de los argentinos (incluidos de los judíos argentinos) de que como Borges, a modo de Gardel, «no hay, ni habrá dos». Basada en un mito popular de reciente gestación, más misterioso aún que el que rodea al gran cantor, o a «Evita», ya que Borges no fue, ni mucho menos, un escritor popular, dicha certeza aguarda aún su estudio. Esa tremenda popularidad, en la postrer etapa de su vida, no sólo en el

11 Véase Jorge Luis Borges: «Sobre los clásicos», en Otras Inquisiciones, EMECE, Buenos Aires, 1960. 12 Reproducido en Carta de Jerusalén, (64), Instituto Cultural Israel-Iberoamérica, Jerusalén, 1993. (Fuente: revista Raíces, Buenos Aires, 1987.) 13 Véase José Luis Najenson: «Borges: ese misterio de la Cábala, ALEF, (5-6), Tel-Aviv, 1986)

exterior donde ya era famoso, sino, y fundamentalmente, en su país; aunque la Argentina ha sido más reacia que otras naciones a aceptar a «sus propios profetas», fue algo de lo que el mismo Borges se asombraba, como lo demuestran muchas entrevistas, antologías y comentarios de esa época.(14) Por lo demás, Borges no murió joven ni trágicamente, ni fue un ídolo del pueblo en el sentido en que lo fueron otros poetas como Miguel Hernández, Pablo Neruda o Nicolás Guillén, en otros países, por su carácter revolucionario. Por otra parte, sus textos requieren, a menudo, no poco conocimiento previo, histórico, filosófico y literario para ser aprehendidos. Y si bien escribió letras de tango, incluso en «lunfardo» (el argot de Buenos Aires), éstas no están entre sus obras más admiradas; así como los cuentos detectivescos, escritos en colaboración con su amigo el escritor Adolfo Bioy Casares,(15) no figuran entre los más leídos. Ciertamente es que muchos de los relatos de guapos y cuchilleros, como el célebre «Hombre de la esquina rosada», llevado al cine, han captado la imaginación popular, incluso cuentos de este género como «Sur», «La intrusa» (16) o «Avelino Arredondo»,(17) que admiten diferentes posibilidades de interpretación según las diversas lecturas posibles de un mismo texto. Por ejemplo, el citado cuento «Avelino Arredondo», magnífica uruguayo que da muerte al presidente de su país, Juan Idiarte Borda, a pesar de pertenecer a su mismo partido (el colorado), puede leerse, y entenderse, a diversos niveles. Como cuento histórico que relata sucintamente un crimen político, deteniéndose en el largo autoencierro del matador antes del hecho, para no comprometer a los amigos (que de todas maneras no lo extrañarán), ni a la novia. Como disquisición sobre la índole del tiempo y su transcurso, simbolizado en aquel sapo que había en el fondo del aljibe de su casa: «Nunca se le ocurrió pensar que el tiempo del sapo, que linda con la eternidad, era lo que buscaba».(18)

14 Véase, por ejemplo, Antonio Carrizo: *Borges el Memorioso: conversaciones con Jorge Luis Borges*, F.C.E., México, 1983.

O bien como una reflexión sobre la valentía y la contención, cuando el protagonista sale de su casa por única vez porque ya no aguanta la prisión autoimpuesta, y entra a un café donde un grupo de soldados le obliga a vivir el nombre del hombre que ha decidido matar, y para lo que sólo esperaba la ocasión propicia, ya fija de antemano. Para no poner en peligro su misión, el hombre no se rebela y dice para sí: «El miedo no es zonzo ni junta rabia».(19)

Y Borges acota, volviendo a su inveterada obsesión por la «religión del coraje», que ya hemos comentado en otro lugar: «Se había portado como un cobarde, pero sabía que no lo era».(20) Esa sola frase nos podría llevar a una meditación socrática sobre el valor, no sólo como expresión del alma criolla, sino del hombre en general. En esta pluralidad de los niveles de lectura a que dan lugar sus textos, reside quizá la clave de la aceptación universal de Borges. Esto último resulta fascinante, también, para quien relea la obra borgeana desde un ángulo judeo-israelí, aun cuando no se refiera sólo a los escritos sobre temas específicamente judíos. Eternidad, espera, coraje y miedo, y aun homicidio, son conceptos que apelan también a una especulación judaica de los mismos, así como a otras perspectivas.

Como ningún otro autor contemporáneo de América Hispana, la multifacética escritura de Borges impacta al escritor cautivo que por ello debe matarlo literalmente.

15 Vg.: “*Seis problemas para don Isidro Parodi*”. 16 «*La intrusa*», de Jorge Luis Borges, fue incluido en *el Informe de Brodie*, Ed.EMECE, Buenos Aires, 1970. 17 «*Avelino Arredondo*», de Jorge Luis Borges, fue incluido en *El Libro de Arena* (ob. cit).

18 *Ibidem*, p. 156. 19 *Ibidem*, p. 157.

20 *Idem*.

Pero si, como pensaba Platón, la muerte es una iniciación, en este caso de muerte simbólica lo será también para quien mata: iniciación a una nueva «escritura cautiva» que, paradójicamente, conserve la nostalgia, y la nostalgia de Borges, en la que este último deje de ser para nosotros un insuperable «ídolo» (en la acepción más judaica del término) para volver a ser el iniciador, que es tal vez como a él más le hubiera gustado verse.

* * *

DOS LABERINTOS HISPANOAMERICANOS

(La primera parte de este trabajo fue presentada, como ponencia, en el Congreso Internacional dedicado a Octavio Paz, del ciclo “Los premios Cervantes en la Universidad de Murcia”, dirigido por el Prof. Victorino Polo)

El título de este ensayo es un homenaje metafórico a Octavio Paz y a Jorge Luis Borges, buceador, el primero del alma mexicana y, por ende, del alma humana en general; artífice, el segundo, de innumerables laberintos de palabras, recovecos parciales que confluyen en el máximo laberinto creado por la humanidad: la literatura. Los dos vates son profundamente esotéricos, no sólo porque la literatura es una forma velada del esoterismo, sino porque ambos tienen una vocación esotérica excepcional, aunque no haya pruebas fehacientes, hasta donde yo sé, de que pertenecieron a sociedad iniciática alguna.

I. Octavio Paz, el Orfeo mexicano

Como Orfeo, personaje de la mitología helénica, hijo del Dios Apolo y de la Musa Calíope, tuvo el don de la poesía, y debió descender a los abismos del misterio, al "Hades" de su pueblo y de América toda, en busca de una Eurídice que, en este caso, podríamos asimilar a la esquiva verdad. En el crucial apéndice de

"El laberinto de la soledad" - "La dialéctica de la soledad"- (*) Paz, no casualmente, le dedica un párrafo al orfismo, que refuerza la intuición de nuestro primer subtítulo. Al referirse a la transición violenta de una sociedad arrancada de sus fuentes religiosas y culturales, afirma que los "desterrados", así estén en su propio suelo, buscan la redención en el pasado, en una "edad de oro" que nos espera del otro lado de la muerte: "En la esperanza del más allá late la nostalgia de la antigua sociedad" ("El Laberinto de la soledad", F.C.E., México, 1989, pp.180). Y prosigue: "...el culto a Orfeo surge después del desastre de la civilización aquea, que provocó una dispersión general del mundo griego y una vasta reacomodación de pueblos y culturas. La necesidad de rehacer los antiguos vínculos sociales y sagrados, dio origen a cultos secretos en los que participaron solamente aquellos seres desarraigados, transplantados, reaglutinados artificialmente y que soñaban con reconstruir una organización de la que no pudieran separarse. Su solo nombre colectivo era el de *huérfanos*. Las religiones de Orfeo y Dionisos -concluye Paz- "muestran con claridad el tránsito de una sociedad cerrada a otra abierta. La conciencia de la culpa, de la soledad y la expiación, juegan en ella el mismo doble papel que en la vida individual" (ibid. P. 187).

La alusión al orfismo, reiteramos, no es casual, porque Orfeo era considerado el Padre de los Mitos, salvador melodioso de los hombres, y los cultos místéricos que llevan su nombre influenciaron

() "El laberinto de la soledad", cuya primera edición es de 1950, incluye - desde la edición de 1959- el apéndice "La dialéctica de la soledad"; a esa obra siguió "Postdata", en 1970, que complementa a la primera veinte años más tarde. Las referencias tomadas de estas fuentes, se indican en cada caso. Cfr. también la entrevista de Claude Fell a Octavio Paz, en 1975, a propósito de las dos anteriores.*

a muchos credos, contemporáneos y ulteriores, así como dejaron su impronta en el surgimiento de la filosofía helénica. Y como otras religiones de misterios, la de Osiris-Isis, de la cual, a su vez, es deudora, o la de Eleusis, en la propia Hélade, el orfismo es un culto iniciático, esotérico. Un aspecto común a todos ellos es preparar al hombre para entender a la muerte, asumirla y a veces derrotarla, para retornar al paraíso perdido que está siempre en el remoto pasado de aquella "edad de oro", la "comunidad" sobre la que insiste Paz como contraparte de la soledad. Porque, no nos engañemos, Paz no propone ningún retorno histórico visible a la cultura azteca ni a la de la colonia hispana, o a una recuperación sincrética de ambas.

Tampoco postula una utopía. Su intento de descubrir la "historia invisible" de México conlleva sí una vuelta, pero simbólica, mítica y esotérica, al origen de lo mexicano y de lo humano en general: "Cada uno de nosotros es el Hombre y en cada uno están depositadas las esperanzas y posibilidades de la especie. La redención es obra personal " (Op. cit. P.50). Por eso tampoco se asume filo indigenista o filo hispanista, ni se inclina hacia la leyenda negra, o blanca, de ambas visiones. Su "crítica", a mi juicio, no es sociológica ni política en sentido estricto, ni siquiera filosófica, sino liberadora, auxiliada por la belleza de su propia escritura.

Cuando enfoca el tema de la muerte, comparando la noción azteca con la hispana, señala: "Ambas actitudes, por más opuestas que nos parezcan, poseen una nota común: la vida, colectiva o individual, está abierta a la perspectiva de una muerte que es, a su modo, una nueva vida. La vida sólo se justifica, trasciende, cuando se realiza en la muerte. Y ésta también es trascendencia, más allá, puesto que consiste en una nueva vida. Para los cristianos la muerte es un tránsito, un salto mortal entre dos vidas, la temporal y la ultraterrena; para los aztecas, es la manera más honda de participar en la continua regeneración de las fuerzas creadoras, siempre en

peligro de extinguirse si no se las provee de sangre, alimento sagrado. En ambos sistemas vida y muerte carecen de autonomía; son las dos caras de una misma realidad. Toda su significación proviene de otros valores que las rigen. Son referencias a realidades invisibles" (op.cit. pp.50-51). En cambio, la muerte verdadera, para Paz, "no posee ninguna significación que la trascienda o refiera a otros valores...En el mundo moderno todo funciona como si la muerte no existiera". (op.cit., p.51). Eso vale también, según Paz, en el caso del mexicano moderno, para quien, "...la vida ha dejado de ser tránsito, acceso a otra vida más vida que la nuestra. Pero la intrascendencia de la muerte no nos lleva a eliminarla de nuestra vida diaria. A diferencia del europeo y el norteamericano, el mexicano la burla, la acaricia, duerme con ella, la festeja, es uno de sus juguetes favoritos y su amor más permanente"(op.cit.51-52). Paz no deja de admitir que el mexicano teme a la muerte tanto como los otros, "pero al menos no se esconde ni la esconde, la contempla cara a cara con impaciencia, desdén, o ironía"; concluyendo que "la indiferencia del mexicano ante la muerte se nutre de su indiferencia ante la vida" (ibid); y que él no se entrega a la muerte, "porque la entrega entraña sacrificio y el sacrificio, a su vez, exige que alguien dé y alguien reciba. Esto es, que alguien se abra y se encare a una realidad que lo trasciende".(op.cit. p.53). Aquí vemos también el carácter liberador y trascendente de su propia "crítica", que hemos llamado "esotérica". Ahora bien, si su búsqueda es esotérica, desbrozando y capturando símbolos en la niebla de la "historia invisible" de su pueblo, en el arduo intento de develar lo que ocultan esas "máscaras", su herramienta es literaria. El poeta, aun en prosa, se nota en cada párrafo, en cada frase. La palabra es la llave que abre la puerta del sitio secreto donde está la "palabra perdida", aquélla que no sólo mostrará al peregrino su verdadero ser, sino la sabiduría. En este sentido, Paz cree que la poesía constituye una vía de conocimiento por sí misma, distinta de la ciencia y la filosofía, concepción que, en cierto modo, contrasta con la de Borges, quien, extremo en ese plano, considera a la

filosofía y a la teología como "formas espléndidas" de la literatura fantástica". (*) El "Laberinto" no es un libro de filosofía ni antropología u otra ciencia del hombre, como ha menudo se lo ha leído, sino mucho más y, a la vez, mucho menos. Para decirlo con las propias palabras de Paz, "...fue un ejercicio de la imaginación crítica: una visión y, simultáneamente, una revisión. Algo muy distinto a un ensayo sobre la filosofía de lo mexicano o a una búsqueda de nuestro pretendido ser...ni ontología ni psicología". A Paz le obsesionaba, "no tanto el *carácter nacional*, como lo que oculta ese carácter: aquello que está detrás de la máscara" ("Postdata", Ed.XIII, Siglo XXI, México, 1979, p.10). En ese mismo párrafo, Paz admite que ese presunto carácter nacional cumple la misma función que en los demás pueblos: "...por una parte es un escudo, un muro; por la otra, un haz de signos, un jeroglífico. Por lo primero, es una muralla que nos defiende de la mirada ajena, a cambio de inmovilizarnos y aprisionarnos; por lo segundo, es una máscara que al mismo tiempo nos expresa y nos ahoga" (ibid.).

Pero un "haz de signos" es un símbolo y la máscara es el símbolo por antonomasia que, como todo símbolo, revela y oculta al mismo tiempo. Por ello, me atrevería a decir que la búsqueda real de Paz, como la mítica de Orfeo -plasmada por los misterios que llevaron su nombre- es más esotérica que exotérica, y su Laberinto, como todo laberinto esotérico, es una suerte de guía iniciática plagada de símbolos que cada uno sólo puede recorrer en absoluta soledad.

En "El Laberinto" y en la "Postdata", Paz se pasea por el tiempo y el espacio, confronta a su vecino del Norte, el "Otro" por excelencia, espía escenas clave del ocaso azteca, del "grito de

(*) Cfr. José Luis Najenson: "*Las siervas de la literatura: filosofía y teología en Borges*" (En :*Borges en Jerusalén. Vervuert-Iberoamericana, Frankfurt, p. 200*).

Hidalgo", penetra en la Revolución Mexicana -parto liberador- desnuda la dictadura porfirista, entre otras inquisiciones, "porque el mexicano no es una esencia sino una historia" (ibid.). Pero a veces dicha historia - como insinúa cuando escudriña la matanza de Tlateloco, el 2 de Octubre de 1968- no es sólo historia visible, sino que tiene una "doble realidad": "la de ser un hecho histórico y ser una representación simbólica de nuestra historia subterránea e invisible". Op.cit., p.114). Corrigiéndose aún, confiesa: "Y hago mal en hablar de representación, pues lo que se desplegó ante nuestros ojos fue un acto ritual, un sacrificio. Vivir la historia como un rito es nuestra manera de asumirla." (ibid.)

Al mismo tiempo que la rebelión juvenil y su represión, se estaban desarrollando en México las Olimpiadas de 1968, que parecieron - dice Paz- "...gestos espectaculares con los que se quería ocultar la realidad de un país conmovido y aterrado por la violencia". (op. cit., p.33). Pero aquí la "Crítica de la Pirámide" se hace profunda, y Paz revela lo que implica la pirámide -esa pirámide ensangrentada que también es el símbolo más persistente de Tlatelolco- como imagen del mundo: "La pirámide asegura la continuidad del tiempo, (el humano y el cósmico), por el sacrificio" (op.cit., p.118). Su espacio es un espacio sagrado, generador de vida por medio de la muerte. Y agrega Paz : "Su plataforma-santuario, cuadrada como el mundo, es el teatro de los dioses y su campo de juego.¿Cuál es el juego de los dioses? Juegan con tiempo, y su juego es la creación y la destrucción de los mundos" (op.cit., p.119)

Como bien lo expresó la autora malagueña María Zambrano:

"Octavio Paz ha logrado que de cuanto escribe se desprenda esta luz que pide sacrificios de su México. El Laberinto de la Soledad nos ofrece la imagen de uno de esos templos, vacíos hoy, donde el indio desamparado entra en busca de sacrificio. Pues sacrificio es, quizá, la palabra clave de todo laberinto humano descifrado" (*)

La pirámide es, asimismo, la imagen ancestral del mundo y del universo, cuyo nudo es la misma ciudad de México-Tenochtitlán. Y

mucho después de la caída del Imperio Azteca, aunque ya no existían esas creencias como pautas, "el modelo inconsciente del poder" -afirma Paz- "sigue siendo el mismo: la pirámide y el sacrificio" (íbid), .La masacre del 2 de Octubre de 1968, en Tlatelolco, sería uno de los acontecimientos de esa "historia invisible", casi enteramente por descubrir, en la que el símbolo de la pirámide trunca, por cuyos escalones corre la sangre del sacrificio, es uno de los hilos intangibles que la enhebran. Y aquí nos viene a la memoria, aunque Paz no lo menciona en este caso, otro sacrificio masivo perpetrado por Pedro Alvarado y sus huestes -uno de los capitanes de Cortés llamado "Tonatiuh", o "Sol", por el color de su cabellera- cuando encierran súbitamente en la explanada del Templo Mayor de Tenochtitlán a gran parte de los señores de la nobleza azteca, desarmados e inermes en ese momento -que celebraban una festividad religiosa con danzas rituales- y los asesinan a todos sin prurito alguno. ¿Qué divinidad rige ahora el ara del sacrificio? ¿Cuál fue el motivo oculto de la matanza, ya que el pretexto eran los "ritos paganos" y la presunta amenaza de un complot inexistente? Quizá estas preguntas de la historia invisible no habrían podido ser respondidas, ni por Cortés ni por su prisionero Moctezuma, que estaban a pocos pasos de allí, en el Palacio de Axayácatl. ¿O era la "traición de sus dioses", a la que alude Paz, como una de las percepciones de los vencidos que veían derrumbarse su mundo del "Quinto Sol", y que los conquistadores hicieron todo lo posible por confirmar con sus actos?

En cambio, el suceso diametralmente opuesto de "la noche triste", cuando Cortés y sus hombres son temporalmente expulsados de México-Tenochtitlán, perseguidos y diezmados sobre las calzadas que unían la ciudad sagrada con las de la costa del lago Texcoco,

(*) *María Zambrano: "Un descenso a los infiernos". Vuelta, No. 224, México, julio de 1995).*

hasta el punto en que las brechas de dichas calzadas estaban cubiertas por los cadáveres de los fugitivos, no ya en la cima de la pirámide sino en su base, ¿forma parte de la misma "historia invisible", o de otra, de signo contrario, como la primera batalla ganada de una guerra perdida? ¿O quizás fue la última acometida de los mexicas y sus dioses, lo cual niega la traición y postula simplemente la derrota? El laberinto de la "historia invisible" es tan intrincado como el de la otra, su anverso visible.

Y en este sentido deberíamos leer el libro de Paz y sus mencionados complementos, como otro laberinto en sí mismo, buscando entre líneas los recovecos, los túneles, las criptas, que nos llevan hacia aquella "historia invisible" que él quería vislumbrar. Sabiendo, empero, que los secretos a descubrir son en gran parte intransferibles y cada uno llega a ellos -como en toda lectura esotérica- por sus propios pasos.

II. EL LABERINTO DE LA TRISTEZA

No quisiera terminar estas páginas sin aludir a otro gran poeta, que mereció también el Premio Cervantes -en su caso en 1979- y que era amigo de Don Octavio. Me refiero al argentino Jorge Luis Borges, a quien tuve el privilegio de conocer en mi juventud en nuestro país natal. Tuve también el honor de asistir a un cenáculo, en ocasión del otorgamiento a Borges del Premio "Olin Yolitzli" en México, donde viví seis años, entre 1978 y 1983. Octavio Paz fue el sacerdote de aquella ceremonia, y haber compartido, con otros escritores, ese ágape casi mágico, que no figuraba en el programa oficial, fue una experiencia inolvidable. En un recodo de la conversación, en que Paz había sido requerido por alguien en la otra punta de la mesa, me animé a preguntarle a Borges, que estaba casi frente a mí:

- Don Jorge Luis, ¿cómo es el laberinto de los argentinos?

Me miró como si me viera, quizá reconociendo mi voz; porque yo lo había visitado, años antes, en su casa de la calle Anchorena en Buenos Aires, y contestó con su inconfundible voz engolada:

- "Triste. Venimos de un país triste, amén de la soledad que es propia de todo laberinto."

Eso fue todo, la maraña de la charla envolvió enseguida a Borges llevándoselo lejos, y yo me quedé pensando en sus breves pero reveladoras palabras. Es verdad, me dije, no tiene ni siquiera las "fiestas" de las que habla Paz, con sus fuegos de artificio y violenta alegría, que culmina en el estallido del grito; sino más bien, la tristeza del gaucho fronterizo, del Martín Fierro errante por el laberinto infinito de la pampa, donde todo es "vasto, pero al mismo tiempo íntimo y, de alguna manera, secreto" -como dice Borges en ese cuento extraordinario que es "El Sur" (Ficciones, 1944)- y continúa: "En el campo desafortunado a veces no había otra cosa que un toro. La soledad era perfecta y tal vez hostil..." (Alianza-Emecé, Madrid-Buenos Aires, Ed. de 1979) p.200). Ese laberinto al descubierto, sin minotauro, a lo sumo un toro tan cimarrón como el gaucho, remeda el de otro cuento borgiano: "Los dos reyes y los dos laberintos" (El Aleph, 1949). Este laberinto, aún más terrible que el meramente artificial del Rey de las Islas de Babilonia -uno de los dos personajes del relato- es el desierto, el laberinto del Rey de los Arabes, castigo del primero por haber aprisionado al segundo en el suyo. En el laberinto del desierto, en cambio, "no hay escaleras que subir, ni puertas que forzar, ni fatigosas galerías que recorrer, ni muros que vedan el paso" (EMECE, Buenos Aires, Ed. de 1957, p. 136,); pero mientras el Rey de los Arabes logra salir de su encierro, el otro muere en el desierto. De hecho, la pampa, más allá de las líneas de fortines, era llamada "El Desierto", como lo refrenda

también el poema "La Cautiva", de Esteban Echeverría, al comienzo de su Primera Parte, titulada precisamente "El Desierto":
("Era la tarde y la hora/ en que el sol la cresta dora/ de los Andes,/ el Desierto/ incommensurable, abierto...)

El laberinto triste, además de la pampa, el gaucho y el indio, incluiría también, quizás, al arquetipo del "orillero", que Borges contempla de niño tras las rejas de su cercada casa en el barrio bonaerense de Palermo. El orillero, o "compadrito", cuya relación con la muerte, a la que también desprecia sin dejar de temer, no está basada tanto en el desprecio a la vida sino en la "religión del coraje", de la que habla Borges, y que ya hemos mencionado varias veces. En la pelea a cuchillo entre "guapos" hay también un sacrificio, cuyo magro premio no es el orden cósmico sino la propia, mera vida, y acaso una mujer, la del vencido. El valor es lo que rige ese código -sin duda tan machista como el de "no abrirse" que analiza Paz- aunque su precio sea la muerte o, paradójicamente, el hecho de sólo abrirse, al final, a la muerte. Además, el sacrificio del malevo sureño es claramente individual, comparado con el sacrificio colectivo de la pirámide.

Otro aspecto posible de ese "laberinto de la tristeza" sería la creación del tango y su dispersión por toda la sociedad argentina, aunque su cuna fueran los burdeles del bajo, recintos del hampa. Como lo dijo inmejorablemente el poeta Enrique Santos Discépolo, "el tango es un pensamiento triste, que se baila". El *bailongo*, o *patio* arrabalero, solemne y triste, sería tal vez la contraparte de la ruidosa fiesta mexicana, y los pasos hieráticos del tango y la milonga, con *cortes y quebradas*, un baile ritual; pero un rito sin mito, o con el mito ancestral y oscuro de la pareja primigenia, también solitaria, en el inconsciente colectivo de todos los pueblos.

No se ha escrito aún el libro equivalente al de Paz para el otro extremo de Iberoamérica, aunque haya valiosos aportes en rumbos

afines como la "Radiografía de la pampa", de Ezequiel Martínez Estrada y otros textos. Pero el día que se escriba, no podrá dejar de incluir los laberintos de Borges y sus espejos, que son la entrada al laberinto. En todo caso, en ambos autores, Paz y Borges, la noción de laberinto traspasaría lo meramente nacional para hacerse humano en general, del Hombre todo, porque el más intrincado laberinto es del alma humana, quizá tan intrincado como el de la literatura, y más imbricado que el laberinto de Dios, que es el universo en el tiempo, ya que, como se ha dicho, "el tiempo es la sombra de Dios sobre la Tierra". Y ambos laberintos, el de la soledad y el de la tristeza, el de Paz y el de Borges, buscan el Edén perdido; ya sea en la cúspide de la pirámide cósmica o en el punto infinito de el *aleph*.

* * *

CINCO LIBROS EN MI VIDA

(El Profesor Victorino Polo García, destacado académico y analista literario, eximio poeta y escritor de la Universidad de Murcia, requirió de mí un comentario de los libros que más me habían impresionado en la vida. Le envié estos párrafos, que reproduzco aquí porque uno de esos libros fue escrito por Borges).

1. "Los chicos de la calle Paúl"

Siempre hay un libro leído en la infancia que impacta temprana y profundamente. A menudo, en mi generación, son los clásicos de la literatura para niños, las aventuras fabulosas de los héroes de Alejandro Dumas, el oriente misterioso de Emilio Salgari, las honduras Edipo-Eléctricas de Alicia en el país de las Maravillas, la traviesa sirenita de Andersen, y tantos otros...

En mi memoria, empero, resalta la novela de un autor húngaro, no muy conocido entonces en mi país, Ferrenc Molnar, que lleva el sencillo título de “Los chicos de la calle Paúl”. Fue el regalo de un tío abuelo que había nacido en el Imperio austro-Húngaro y emigrado a las pampas argentinas, a una de esas colonias de “gauchos judíos” de la provincia de Entre Ríos, a principios del siglo pasado. Se ganaba la vida labrando su parcela, y de noche enseñaba *idisch* a los niños en una escuelita de campo.

-Es un tesoro -me dijo al entregármelo- léelo y cuidalo como si fuera una Biblia.

El libro era más que un tesoro, estaba cuidadosamente traducido al español y narraba la odisea de dos *barras* de niños en Budapest que se disputaban un solar para sus juegos. Pero su *leitmotiv* era el coraje de los presuntamente débiles, y su héroe un niño delicado de salud, hijo de un sastre judío, el único “soldado raso” del “ejército” de los chicos de la calle Paúl , que defendían su predio contra los “camisas rojas” -la banda adversaria- que intentaba apropiarse del mismo “por las armas”: bombas de barro seco, lanzas, espadas y hachas de madera, en un desafío acordado por ambos bandos.

El niño héroe sin rango, se hallaba enfermo de gravedad el día de la batalla decisiva, pero escapó de su casa (y de la cama) para tomar parte en ella, a riesgo de su vida. Su intervención decidió la victoria, por mera sorpresa y valor, liberando a los prisioneros de su grupo, que llevaba las de perder. El final, con su inevitable víctima, que fallece poco después, simboliza también el “fin de la infancia”, ese pasaje con o sin ritos, que cambia el rumbo de la vida.

Tanto me impresionó la historia, que muchos años más tarde escribí una novela para “niños grandes” como homenaje a aquella lectura primordial, titulada “El juego ha terminado”, y que fue publicada gracias a un premio que le fue otorgado en Quito (Ed. Libresa, 2007). La obra es en parte autobiográfica, ya que muchos de nuestros juegos infantiles, en mi pueblo natal de la “Pampa Gringa” argentina, fueron inspirados por el libro de Molnar, y conllevan la misma iniciación al azaroso mundo de los adultos.

2. “Ficciones”

El segundo es “Ficciones”, de Jorge Luis Borges, que descubrí en el Colegio de los años 50, cuando muy pocos leían, y menos admiraban, a su autor. Ello ocurrió gracias a una profesora española exiliada: “La Marquesa de Aguilar”, como la llamábamos con respeto, quien nos abría los arcanos de la literatura hispana a ambos lados del “charco”, y que fue una de las primeras lectoras entusiastas de Borges.

En mi recuerdo se destaca “El Sur” (Ficciones, 1956), como el hilo de plata bordado en un *chiripá* * gaucho; cuento paradigmático de lo que Borges llamó “la religión del coraje”, que comienza quizá con “El hombre de la esquina rosada” (Historia Universal de la Infamia, 1935) y se multiplica después en relatos como “El duelo”, y “La historia de Rosendo Juárez (“El informe de Brodie”, 1970), entre otros. Todos podrían formar parte de un largo cuento, o la novela que Borges nunca escribió, sobre “la secta del cuchillo y el coraje”, en los cuales él revela un secreto, al que nosotros ya hemos aludido, y que parece un oxímoron borgiano: “no es valiente quien no ha tenido miedo”.

Aquí vuelve a repetirse, si bien con la proyección especular y los indelebles matices borgianos, el núcleo temático que me había impactado en “Los chicos de la calle Paúl”. La oculta vena hermética de Borges, quizá viese los términos de esa oposición aparente (miedo-coraje) como polos de un *continuum* que se extiende entre ambos, con sus infinitas gradaciones posibles; así como ocurre con otros pares de opuestos insinuados en el Código Hermético: el bien y el mal, lo feo y lo bello, la mentira y la verdad.

La vida en los colegios de varones de aquella época, era una pelea permanente, a menudo sin motivo, donde uno debía batirse, quiera o no, como el Juan Dahlmann de “El Sur”. Los recreos eran el azaroso arroyo del tiempo bélico; los patios, y luego la calle, el campo de batalla. Pero allí, en lugar del enfrentamiento grupal de los Chicos de la Calle Paúl, el combate era entre dos: un duelo, un lance entre caballeros, el desafío y su respuesta en el más claro sentido del ciclo Artúrico. Por suerte, la lucha era sólo a puñetazos y no con navajas o cuchillos. Volvíamos a casa con los guardapolvos ensangrentados y orgullosos de los magullones, tanto los propios como los ajenos, cual si fueran trofeos de guerra.

Y como Borges era para mí un personaje literario en sí mismo, escribí, años después, varios cuentos (“*Travesía*”, “*Ni siquiera una rosa*”, “*Dos Taumaturgos*”, “*Borges y el toro*”, etc., e incluso una obra de teatro: “*Café Borges*”, con el inefable poeta ciego como figura central. Aun ahora, cada tanto, continúo pergeñando textos donde él es el héroe, o uno de ellos y sólo una vez el ambiguo villano (en el ensayo: “*Matar a Borges*”). Todos ellos son, en última instancia, mi homenaje al “Homero del Sur”, “porque las deudas se pagan”, y es una de las maneras de pertenecer a la “Secta del Fénix”, la secreta o discreta cofradía de los admiradores profundos de Borges.

3. “Zohar”, o el Libro del Esplendor

El *Zohar*, tratado esencial de la Cábala (tanto la judía como la cristiana), compilado por el Rabí Moisés de León (1240-1290) en *Sefarad*, es todavía mi libro de cabecera. Con él alivié el racionalismo de mi experiencia universitaria en los años 60', y sigue siendo la fuente para otras iniciaciones. “Lo de arriba es igual a lo de abajo, y el hombre es la **síntesis** de todas las cosas”. Síntesis y no **medida**, como afirmaban los sofistas. En el hombre se mezclan, ¿se concilian?, los dos reinos, el humano y el divino, lo sagrado y lo profano, la libertad y el cautiverio. Por el *Zohar* me embarqué en las procelosas aguas de la Teodicea -siempre a bordo de la nave literaria, la que no se hunde- como para comprobar si el aserto de Borges, de que la Teología y la Filosofía eran “formas, si bien espléndidas, de la literatura fantástica”, se cumplía. Dilema éste que aún no he resuelto y que quizá sea insoluble.

De allí a la búsqueda de “La Palabra Perdida” hay un solo paso, infinito. Pero entrar al *Pardés, huerto secreto de la Cábala*, implica riesgos y, por ende, valor; como así lo insinúa el Talmud en aquel célebre pasaje de los cuatro rabinos que entraron a él: uno murió, otro se volvió loco, un tercero se tornó apóstata y sólo el Rabí Akiba regresó sano, salvo y más sabio que antes. ¿Vuelve aquí el síndrome de la valentía y el temor que quizá preñó mis otras elecciones?

4. “Las armas secretas”

Este tomo de cuentos, de Julio Cortázar, incluye “Las babas del diablo”, a mi juicio el mejor relato de este porteño anclado en París. Después de Borges, Julio fue sin duda el escritor argentino más leído y no sólo por el “Boom”. Su primer cuento: “Casa

tomada”, fue proféticamente escogido por Borges para la legendaria revista “Sur”. El argumento de “Las babas del diablo” inspiró al cineasta italiano Antonioni la filmación de “Blow Up”, si bien cambiando el tipo de crimen esbozado en el texto original por otro que implicaba un asesinato y un arma, descubiertos por la misma cámara indiscreta.

El crimen de “Las babas del diablo”, empero, era de índole moral: la trampa tendida a un joven por una vampiresa para hacerlo caer en las redes de un viejo pervertido. El *flash* de la foto le permite a la víctima escapar de la emboscada, y el fotógrafo se siente, con justa razón, como un liberador. Aquí aparece también el espectro del miedo inicial en el joven que, gracias a esa intervención providencial, se atreve a huir; salvándose así de un destino que podría haber arruinado su vida, y que el relator se imagina ya de vuelta en su casa. La foto ampliada es la memoria de su acto justiciero.

El fondo patético del cuento, donde se trasluce, como también diría Borges, “más una expectativa que un asombro”, todavía me impresiona. Sin embargo, como homenaje *In Memoriam* a Julio, a quien conocí en Coyoacán, México (uno de mis exilios) y en uno de sus últimos viajes, escribí un cuento inspirado en otro texto suyo “La Autopista del Sur”, sin duda el más celebrado de sus relatos. El mío se titula “El Periférico del Norte”, y está ambientado en la Ciudad de México y en la misma Coyoacán, ambas aterradoras y subyugantes. Pero ese es otro cuento.

5. Don Quijote cabalga todavía

Gracias a un Profesor de la Universidad de Cambridge (Inglaterra), donde realicé mi D. Phil., aprendí a *releer* el Quijote. El me había aconsejado: “No lo leas como a la *Torá* -El Pentateuco-, un capítulo cada semana; no es bebida para tomarla

a sorbos. Léelo como una novela que no puedes dejar de leer, y de una vez. Al fin y al cabo, es la primera novela moderna y la mejor de todas.”

Le hice caso, y me encerré en la biblioteca de mi *College* durante un día entero. Salí deslumbrado, como si lo hubiera hecho por primera vez. Entendí que no era una mera yuxtaposición de historias, que todos sus párrafos estaban ligados en una trama general, “mayor que la suma de sus partes”; que había, entre líneas, secretos y señales, mojonos de caminos invisibles que era menester descubrir.

Quizá podría decir que, aunque no era un libro esotérico *sensu strictu*, estaba lleno de misterios que incitaban a seguir buscando. Ya en la primera página, por ejemplo, la mención de los “duelos y quebrantos” que Don Alonso Quijano consumía los sábados, me llamó la atención a raíz de esa lectura “total”. ¿Qué son duelos y quebrantos?”. Poco me costó saber que se trataba de “torrijos”, es decir, castizamente, de tocino frito con huevos. ¿Por qué ese nombre, por qué los sábados?

Vino en mi auxilio una vieja sentencia soterrada que había oído en mi infancia, en boca de la bisabuela de un amigo de estirpe sefardí. Ella, Doña Fortuna Levi, había dicho: “En casa de mi bisabuela en Lima, hace muchísimos años, los sábados se hacían duelos y quebrantos”.

Era durante un desayuno sabático, en el que había huevos *jaminados* (duros y cocidos el día anterior), pero sin tocino. Mi amigo alcanzó a preguntar:

- ¿Qué son duelos y quebrantos, bisabuela Fortuna?

- Una comida prohibida. Pero aquí en Buenos Aires, y en estos tiempos, ya no es necesario hacerla; tampoco en sábado, ni con las ventanas abiertas.

La abuela y la madre de mi amigo la miraron con reprobación, y esta última dijo, como para cerrar el tema:

- Son cosas tristes del pasado, más vale no hablar de ellas, abuela Fortuna.

Doña Fortuna no replicó, pero una sonrisa enigmática recorrió sus labios, que me quedó grabada para siempre.

Después de la relectura del Quijote, acuciado por ese recuerdo, fui a consultar a un viejo rabino sefardí que estudiaba la vida de sus antepasados. El me confirmó lo que ya sospechaba: los cripto-judíos o judíos secretos comían duelos y quebrantos los sábados, a la vista de todos, para demostrar que eran buenos cristianos, fieles conversos. El nombre del plato demostraba cómo sufrían al hacerlo.

- Pero no te has dado cuenta -agregó con una maquiavélica mirada- que, por contraste, el resto de los días de la semana, en la casa de Don Alonso Quijano, y quizá en la de la bisabuela de Doña Fortuna Levi, la comida era cabalmente *kasher*, es decir, conforme la pureza ritual. Ve, y lee de nuevo esa primera página...

Volví al Quijote y comprobé que tenía razón, porque de domingo a viernes todo resultaba acorde con dicha dieta *kasher*. “Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados; lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos...”

¿Quiere esto decir que Don Miguel de Cervantes era de prosapia judía, un converso, o “marrano”? No necesariamente. Pero éste y otros indicios bastan para generar la duda, aunque no para plasmar una evidencia, hasta aquí y ahora.

Parecería, pues, que la inclusión del Quijote entre mis libros preferidos rompe el motivo profundo de mis otras cuatro elecciones, en torno al miedo y al coraje, amén de la excelencia de todos y de los aspectos estrictamente literarios, que justifican plenamente la selección. No obstante, me pregunto ahora, al final de estas páginas, si acaso inconscientemente no escogí al Quijote, además de su incomparable riqueza, porque quizá esconda un temor y un coraje secretos, escudados en el humor y la ironía, pero que implican una severa, si bien velada crítica a la sociedad intolerante y a las supersticiones de su tiempo.

Por último, como en los casos anteriores, reconozco haber escrito poemas, cuentos y ensayos dedicados a Don Quijote y a Don Miguel, ubicando a ambos a menudo como personajes de los mismos. Vaya un botón de muestra en estos dos tercetos alejandrinos de mi poemario **“Pardés-Sefarad”** (Premio de Poesía en castellano “Villa de Martorell, 1995, Seuba Ediciones, Barcelona):

El caballero andante cabalga todavía
por aquesos campos de poblada soledad,
preso verdor, viñedos que se beben la tarde.

Pero ya no busca la engañosa eternidad;
casi inmortal, pasó junto al Arbol de la Vida
sin encontrar el fruto que refulgía en él.

* * *

COLOFON: Dos Maestros

Yo tuve un gran maestro al que vi, y con el que hablé, algunas veces, y leí infinitamente: don Jorge Luis Borges; y otro gran maestro al que nunca vi, del que aquél fue probablemente alumno, y yo soy una especie de «discípulo póstumo»: el Rabí Shoshani. Ambos eran incomparables, o sólo en esto comparables: serenamente eruditos, misteriosos y solitarios. Del primero aprendí la belleza de la sencillez, del segundo la sencillez de la belleza, que es su verdad, y la oscuridad de la verdad que es su belleza. De uno el placer incansable de la lectura, del otro la lectura de la desesperación. De aquél, al revés del Eclesiastés, el placer que da el saber, de éste, el saber que da el dolor. Y estas palabras finales del libro, constituyen mi ya no secreto homenaje a quienes tanto debo sin que ellos los supieran nunca.
